

---

# BELLACO SOIS, GÓMEZ

---

Personas que hablan en ella:

- **Doña ANA**
- **BOGEGUILLAS**
- **Don GREGORIO**
- **MONTILLA**
- **Tres COCHEROS**
- **Tres ESTUDIANTES**
- **Doña PETRONILA**
- **Don FRANCISCO**
- **Un ALGUACIL**
- **Tres ESBIRROS**
- **MELCHORA**

---

## ACTO PRIMERO

---

*Salen doña ANA, de hombre, como de camino, con  
la cruz de San Juan al pecho, y BOCEGUILLAS,  
gracioso*

BOCEGUILLAS: Ésta es la venta maldita  
que intitulan de Viveros,  
con su alameda, que enana,  
ha sido a tanto suceso  
otra selva de aventuras.  
Aquí tienen su colegio  
los grajos de esta comarca,  
cuyos pollos los venteros  
bautizan en palominos;  
y a todo escolar hambriento

le dan grajuna fiambre  
en lugar de perro muerto;  
aquí cuantos se ensotanán,  
se matriculan primero;  
en todo dama bullaque  
todo jácaro cochero;  
aquí, en fin, si hacemos noche,  
te espera, cuando cenemos,  
vino del Monte Calvario,  
pan como un veintidoseno;  
rocín-ternera en adobo,  
barbo, esto sí, jarameño,  
corto mantel de la Mancha,  
pie de taza por salero,  
y, en llegando el *tanto monta*  
aceitunas de reniegos.

ANA: ¡Ay, francesas hosterías!

BOCEGUILLAS: Dicen que el rico avatiento  
fue de Francia.

ANA: Anda, borracho,  
Pilatos, sí.

BOCEQUILLAS: Soy un necio.

*Dentro voces y riña*

ESTUDIANTE 1: ¡Aquí de todo el Alcarrial!

COCHERO 1: ¡Aquí del cochero gremio!  
¿Ramos? ¿Garrancho? ¿Palomo?  
¿Juan el Zurdo? ¿Gil el Tuerto?

ANA: ¿Por qué serán estos gritos?

*Salen con terciados tres ESTUDIANTES con gíferos,  
tres COCHEROS y MONTILLA con daga, riñendo*

BOCEGUILLAS: Pendencia es, sin duda, en cueros,  
vel jarros, pan cotidiano  
de sopistas y cocheros.  
Calla y verás maravillas.

ANA: Pues aquí nos retiremos,  
que gusto de carambolas  
semejantes.

BOCEGUILLAS: Toma puesto.

ESTUDIANTE 1: ¡Fuera dije!

COCHERO 1: ¡Vive Cristo!  
¡Téngase todo gifero,  
todo gorrista terciado,  
todo bribón de convento!  
¡El codillo ha sido burro  
a pagar de mi dinero!

ESTUDIANTE 1: Pues repóngalo.

MONTILLA: ¿Qué llama  
reponer, aunque sobre eso?

ESTUDIANTE 1: No hay sobre eso o sobre esotro;  
yo soy juez y lo sentencio.

MONTILLA: Aunque lo sentencien cuantos  
aran y cavan.

*Sale don GREGORIO*

GREGORIO: ¿Qué es esto,  
Montilla? Pues tú alborotas  
la venta.

MONTILLA: Quieren con fieros,  
porcionistas y arremulas,  
meternos aquí los dedos  
por los ojos.

COCHERO 2: A él le digo  
tenga un poco de respeto,  
que aquí toda es gente honrada.

MONTILLA: ¿Quién lo niega?

GREGORIO: ¿Por qué es ello?

ESTUDIANTE 1: No es más que por treinta cuartos.

GREGORIO: ¿De qué los debe?

ESTUDIANTE 2: Del juego.

GREGORIO: ¿A qué jugabas?

MONTILLA: Al hombre,  
y oiga vuested si los debo.

Yo era, postre; salió un cinco  
de bastos; robéle en premio  
de que me entró el as garrote,  
el rey, la sota y, con ellos,  
el tres, que hacen cinco triunfos;  
baldéme de copas luego,  
porque ya lo estaba de oros;  
los otros dos compañeros  
casi todos carta blanca  
pasaban; pero, soberbio  
el que era mano, se hizo hombre  
cuando se vio, escuche el cuento,  
con la trinca coronada,  
malilla, espada y tras éstos,  
otros dos con el caballo  
el el as de oros. Dijo, "Empiezo,"  
sacó el rey doblón, ahorquéle;  
el cinco, de espadas juego;  
atraviesa el socio un triunfo  
con que el hombre sin remedio  
se halló de otro rey baldado;  
lo mismo fue el rey tercero,  
de copas, que imitó a Judas,  
ahorcado de pie de perro;  
vuélvole por las espadas,  
que se llevó sin remedio  
el tal hombre, atravesando  
entonces los cuatro leños;  
triumfa con la espada; sirvo  
con el cinco; hago lo mesmo  
con la sota, a la malilla;  
y quedóse el pobre guero  
con sólo un triunfo a caballo,  
mas con el rey se le pesco;  
vióse el dicho con tres bazas,  
con un par los compañeros,  
yo con tres, y faltaba una  
tan solamente. Aquí es ello.  
Enseñéles en la mano,  
para rematar el pleito,

por última carta el basto.  
Dicen, pues porque me meto,  
habiéndole visto todos  
en la baraja y no le echo.  
en la mesa, que fue burro;  
que el codillo por él pierdo  
y que reponga la polla.  
¿Sentenciara tal Gayferos?

ESTUDIANTE 2: Sentenciáralo una mula.

MONTILLA: ¿Por qué?

ESTUDIANTE 1: Porque dio recelos  
de que jugó con diez cartas  
y, la décima, encubriendo  
debajo del basto, quiso  
darnos papilla, con miedo  
de que, echando los dos naipes  
en la tabla, y manifiesto  
el burro, no le pagase.

GREGORIO: Ahora, amigos, chico pleito;  
sirva por mí este doblón  
de montante.

*Dásele*

ESTUDIANTE 1: ¡Caballero!  
¡De veinticinco quilates!  
¡Por Cristo!

*A MONTILLA*

COCHERO 2: Eche acá esos huesos,  
que es muy honrado el Montila,  
y, esta pendencia mojemos.

MONTILLA: Yo, por mí.

ESTUDIANTE 1: Pues, yo, por mí.

*Danse las manos*

COCHERO 2: Chata, saca vino y queso.

ESTUDIANTE 2: ¡Victor el *dona pecúnias!*

¡Victor el *accipe argentum!*

COCHERO 1: ¡Victor también en romance!

¡Vive el coime!

ESTUDIANTE 1: ¿No bebemos?.

*Éntranse ESTUDIANTES y COCHEROS*

BOCEQUILLAS: En estacadas viciosas

no hay otras leyes del duelo  
más de que, herido sin culpa,  
ponga la sangre un pellejo.

ANA: Boceguillas, mal aliño

en la dicha venta vemos  
para pedir gollerías.

Luna hace.

BOCEGUILLAS: ¿Y es barro el fresco?

ANA: Pues, alto de aquí. ¡A ensillar!

GREGORIO: ¿Vais a Madrid, caballero?

ANA: Voy; muy a vuestro servicio.

GREGORIO: Si desde aquí a allá merezco

aliviaros lo penoso  
de la soledad, lo mismo  
quisiera excusar con vos.

ANA: Interesado lo acepto.

GREGORIO: ¿De dónde venís?

ANA: De Italia

y Nápoles, por lo menos.

¿Y vos?

GREGORIO: De Calatayud

ahora; aunque ha poco tiempo  
que milité en Lombardía.

ANA: ¡Oh! Pues, siendo así, tendremos,

para tres leguas que faltan,  
gustoso entretenimiento.

Ea, no hay sino picar.

GREGORIO: Sufríos un poco y cenemos.

ANA: En venta y con tanta bulla  
hallaréis mal aparejo.

GREGORIO: Yo traigo lo que nos baste  
para tomar un refresco.  
¡Montilla! Dentro ese bosque,  
que más parece bosquejo,  
cenaremos sin ruido.  
Busca el sitio más a cuento  
y más libre de embarazos,  
y en él la cena prevennos.

MONTILLA: A registrar las bizaras  
voy como un lebrel.

GREGORIO: Traemos  
con cuatro frascos de vidrio,  
agua, vino y nieve en ellos,  
un corcho de Zaragoza  
que, empegado por de dentro  
y de baqueta el ropaje,  
juzgo que no echaréis menos  
cantimploras cortesananas.

ANA: Son prevenciones de cuerdo.

GREGORIO: Acompañale un jamón  
de Molina, y os prometo  
que a Rute y las Algarrobillas  
se las apuesta.

ANA: Os lo creo.

GREGORIO: Cocióse éste en vino blanco,  
clavos, canela, romero;  
y está tierno como un agua.

ANA: Me aplico mucho a lo tierno.

GREGORIO: Vitela o ternera en pan,  
del mismo modo un conejo  
y una caja para postre.

ANA: Lo dulce es lindo. *Laus Deo.*

GREGORIO: Anda, pues, y date prisa.

ANA: Ayúdale tú.

BOCEGUILLAS: Para eso  
hallárame todo rumbo  
haldas en cinta.

ANA: Acabemos.

*Vanse BOCEQUILLAS y MONTILLA*

GREGORIO: ¿Es vuestro nombre?

ANA: Don Gómez

Dávalos.

GREGORIO: La que en el pecho  
noblemente os califica  
abona blasones vuestros.

ANA: Nací en Nápoles. Mis padres  
de Ruy López descendieron,  
el que en Castilla a validos  
dejó lástimas y ejemplos.  
Pero ¿cómo os llamáis vos?

GREGORIO: Don Gregorio de Toledo  
y Leiva.

ANA: ¿Cómo dijistes?

GREGORIO: Toledo y Leiva soy.

ANA: (¡Cielos! Aparte  
¿Qué es lo que oigo?)

*A él*

Originario

sois de España; pero deudos  
en Nápoles, generosos,  
conozco yo que, herederos  
de aquel don Antonio, pasmo  
de Francia, por quien vio preso  
el alcázar de Madrid  
al Valois de más esfuerzo,  
se juzgan ya italianos.

GREGORIO: Uno, don Gómez, soy de éstos;  
más que noble, venturoso,  
si serviros a vos puedo.

ANA: Bésoos las manos; querría,  
en fe de lo que ya os debo,  
que algún buen hado me trujo



a este sitio a conoceros,  
saber de vos cierta cosa.

GREGORIO: Llave tenéis de mi pecho,  
basta ser Ávalos vos.

ANA: La mano otra vez os beso.

GREGORIO: Es para mí ese apellido  
fatal.

ANA: Y viene con eso  
lo que yo he de preguntaros.

GREGORIO: Decid, pues, que estoy suspenso.

ANA: Para más claras noticias,  
don Gregorio, lo primero  
que supongo es que en Milán  
servicios de vuestro acero  
os granjearon las plazas  
más honradas, y, ascendiendo  
por ellos, fuistes dos años  
maese de campo de un tercio  
de española infantería.  
¿No es así?

GREGORIO: Estáis en lo cierto.

ANA: Lo segundo que supongo  
es que, mediando ambos deudos,  
pretendistes desposaros  
en Nápoles ese tiempo  
sin haberla jamás visto,  
con una dama, que os puedo  
afirmar que en lo virtuoso  
fue el prodigio de aquel reino.  
Doña Ana Dávalos tuvo  
por nombre, que ya recelo  
que desaires no ajustados  
a vuestros nobles empeños  
la tienen sin nombre y vida.

GREGORIO: Sentiríalo en extremo,  
que es doña Ana el sol de Italia;  
pero mejor lo hará el cielo.

ANA: Ahora, pues, que confesastes  
todos estos presupuestos,  
decidme, ¿con qué motivo,

habiéndola, en nombre vuestro,  
dado la mano de esposo,  
ausente vos, un tercero,  
rehusastes ejecuciones  
en cosa de tanto peso,  
desacreditando fácil  
la fe vuestra y su respeto?  
Pues si os admitió doña Ana,  
no por amor, que, sin veros,  
mal pudiera enamorarse,  
sino obediente a consejos  
de canas, por quien se rige,  
todos cuantos se los dieron  
a instancia vuestra, agraviados,  
no juzgan vuestro desprecio  
menos que con causa mucha.  
Y el escándalo, que ciego  
echa siempre a la peor parte  
con cualquiera fundamento,  
en desdoro de doña Ana,  
osa eclipsar el espejo  
más claro que vio la corte  
napolitana.

GREGORIO:               Diréos,  
ya que como consanguíneo  
tan de parte suya os veo,  
tres suficientes motivos  
con que quedéis satisfecho,  
y yo, con vos, disculpado.  
Escuchad.

ANA:                     ¿Tres por lo menos  
suficientes, Don Gregorio?  
Decid, decid.

GREGORIO:               El primero,  
y que es más considerable,  
fue el saber los galanteos,  
después que por otra mano  
me vi en sus coyundas preso,  
del marqués Pompeyo Ursino,  
siendo relator él mismo,

que vino a ver nuestro campo,  
de favores que excedieron  
permisiones cortesananas,  
y aunque muchas veces celos  
en quien ama perdidoso,  
suelen alargar el freno  
a la pasión destemplada,  
y está indiciado Pompeyo,  
como mozo, en esta parte  
más que debiera, no es cuerdo  
quien ignora que en los puntos  
del honor siempre valieron,  
si hay indicios opinables,  
más los dichos que los hechos.

ANA:       ¿Pompeyo favorecido  
jamás de doña Ana?

GREGORIO:                Aquesto  
me afirmó no una vez sola.  
Servíos, para que demos  
fin a cuentos tan pesados,  
no interrumpir los progresos  
que me mandáis que os resuma.

ANA:       Proseguidlos, que, si puedo,  
me templaré lo que duren.

GREGORIO:   Yo, pues, no a su amor sujeto,  
como ni esa dama al mío,  
pues, como advertís, sin vernos  
fuera difícil amarnos,  
y las sospechas tras esto,  
de lo referido tuve  
noticia de que, saliendo  
de la esfera esa señora  
que piden las de su sexo,  
no bastidores, no agujas,  
no estrados nobles y quietos,  
no galas, común hechizo  
en beldades de años tiernos,  
su inclinación adulaban,  
sino en el bridón travieso,  
con la escopeta y el dardo,

persiguiendo al lobo, al ciervo,  
al jabalí, al gamo, al oso,  
discurrir bosques y cerros,  
volar la garza, la grulla,  
matar la perdiz al vuelo;  
hojear en la quietud  
de las tinieblas cuadernos  
filósofos, comentarlas,  
soltarles los argumentos  
y, hecha academia su casa,  
las noches de los inviernos,  
en disputas semejantes  
hurtar las horas al sueño.  
Yo, que imaginaba entonces  
ser marido de un sujeto  
proporcionado a los nudos  
del fecundo sacramento,  
rehusé esposa que usurpase  
las acciones a su dueño,  
y con mujer para tanto  
juzgué el tálamo molesto.  
Salióme a esta coyuntura,  
en la corte de estos reinos,  
el lance más venturoso  
que pude pedir al cielo,  
porque doña Petronila  
Leiva y Osorio, que a empeños  
de amistad con un tío suyo  
añade el del parentesco,  
le hereda en un mayorazgo  
cuantioso; y agora el viejo  
castellano de Milán  
la enriquece en su gobierno;  
éste, que es íntimo mío,  
ha sazonado deseos,  
de que me acerque a su sangre  
con vínculo más estrecho,  
persuadiendo a su sobrina  
lazos que alegren mi cuello  
al tálamo, ya aceptado,

y, en fin, el último pliego  
la posesión me asegura  
con un retrato tan bello  
que, cuando a costa del oro  
mienta el pincel lisonjero,  
no la opinión, no la fama,  
que es, don Gómez, la que creo,  
y me la pinta el milagro  
de Madrid. Voy, en efeto,  
a llamarme esposo suyo;  
pues siendo vos tan discreto  
tendréis estos tres motivos  
por suficientes. Cenemos.

ANA: Tiene más dificultades  
la cena, que ya no acepto,  
de lo que habéis vos juzgado,  
y en ella el plato primero  
ha de ser reconveniros  
en los desalumbramientos,  
indignos de vuestra sangre,  
con que avergonzaros pienso.  
Intimaréolos ahora,  
estéis a no estéis atento,  
y Dios sabe, en acabando,  
quién cenará o no. Yo vengo  
desde Malta en vuestra busca,  
donde, aunque mozo, año y medio  
cumplí con obligaciones  
del hábito que profeso.  
Doña Ana fue hermana mía.

GREGORIO: ¡Doña Ana! Eso no, que tengo  
certidumbre que ella sola  
nació en su casa.

ANA: Esto es cierto,  
y falsa esa certidumbre;  
el mucho amor que la debo,  
porque heredase a mis padres,  
me obligó a la cruz que al pecho  
el yugo excluye amoroso.  
Baste lo dicho en cuanto a esto,

y en lo demás escuchadme,  
veréis cuán sin fundamento  
estriban vuestros engaños  
en los motivos propuestos.  
Pompeyo Ursino, que supo  
la fama que en menosprecio  
de mi hermana publicastes,  
y del debido respecto  
que se debe a tal Ursino,  
afirma con juramento,  
no sólo que no os ha hablado  
en su vida acerca de esto,  
más que nunca el competiros  
le pasó por pensamiento;  
porque, sin tener noticia  
de mi hermana, otros empleos  
a su amor proporcionados  
le llevaron los afectos.  
Sobre el caso os desafía  
en una carta que dejo  
en la maleta, y no sé  
si habrá de dárosla tiempo;  
veis aquí el primer motivo,  
contra vos tan manifiesto,  
que en lugar de acreditaros  
os añade vituperios.  
Como también el segundo,  
porque en Italia no es nuevo.  
Las mujeres de alta sangre  
desmentir ocios molestos  
en la caza y en los libros,  
porque de pocas sabemos,  
de las prendas de mi hermana,  
que no alcancen, cuando menos,  
a entender letras latinas  
y ejercer por pasatiempo  
ya el cañón, que imita al rayo;  
ya el venablo y ya el acero.  
No privó Dios a las tales  
los ejercicios honestos

de las letras y las armas  
si discurrir por ejemplos  
sólo, entre las maldiciones  
que en el delito primero  
echó a la primera madre,  
fue el sujetarla al imperio  
del varón, consorte suyo;  
y sé yo que este precepto  
nadie con vos le guardara  
cual mi hermana, a ser su dueño.  
Luego viene a reducirse  
en el motivo tercero  
todo cuanto caviloso  
en los dos habéis propuesto.  
Y este también, vedlo vos,  
más parece fiscal vuestro  
que agente en vuestras disculpas;  
porque si, como os concedo,  
el no haber visto a mi hermana  
fue causa que los incendios  
de su amor no os abrasasen,  
ausente en Milán, ¿qué fuego  
amoroso os dio sus alas  
para que, volando a tienta  
a ver vuestra Petronila,  
os hechizase tan presto?  
Diréis que el verla en retrato.  
Diré yo lo que vos mismo;  
que son flojos incentivos  
los pinceles y los lienzos.  
El mayorazgo en la corte,  
el interés avariento,  
por más que aleguéis excusas,  
hizo vuestro amor logrero.  
Ya mi hermana, don Gregorio,  
murió. Ya pide en el cielo  
satisfacción de su agravio;  
y yo, que en su nombre quedo  
sucesor de sus injurias,  
por ella y por mí pretendo

acreditar sus desdoras,  
probándoos no lo haber hecho  
según las obligaciones  
que a toda mujer debieron  
conservándoos la fama  
los nobles y caballeros.  
Desnuda la espada agora,  
que en la justicia que alego,

*Sácala doña ANA*

fío que iréis a cenar  
al otro mundo. ¡Ea!

GREGORIO:                      Templo,  
rapaz, en fe de mis años,  
vuestrs mozos desaciertos  
por los pocos, aún no abriles,  
que precipitáis soberbio.  
Andad con Dios a la corte  
y en ella me poned pleito.  
Iráos mejor con letrados  
que aquí con armas y fieros.

ANA:                      ¡Don Gregorio! ¡Don Gregorio!  
Si acostumbrado a desprecios  
con bellezas de mi sangre  
presumís hacer lo mesmo  
con los Ávalos, varones,  
engañáisos. ¡Vive el cielo,  
sino sacais la cuchilla,  
que os mate!

GREGORIO:                      Escarmentaréos

*Sácala*

con ella, como a un muchacho.

*Riñen. Sale BOCEGUILLAS. Éntanse los  
dos acuchillando y luego sale doña ANA*



*envainando*

BOCEGUILLAS: ¡Fuera dije! ¿Qué es aquesto?

GREGORIO: ¡Jesús! ¡Muerto soy!

BOCEGUILLAS: Ahorróse

de Avicenas y Galenos.

¡Para tanto, y tan lampiño!

ANA: Su soberbia es quien le ha muerto.

Métele en esa espesura,

no den con él al encuentro,

y enfrena a prisa.

BOCEGUILLAS: ¡Bien dicho!

Que la bulla de allá dentro,

entre la taza y los naipes,

guarda a esta hazaña el silencio.

Acógete tú entretanto.

ANA: Junto a la puente te espero.

*Vase doña ANA*

BOCEGUILLAS: Desmentiremos caminos

echando hacia Paracuellos.

*Vase. Salen doña PETRONILA y don*

*FRANCISCO*

PETRONILA: Díraos los brazos yo agora,

en albricias de la vida

que juzgaba en vos perdida,

a ser de ellos tan señora

como otras veces.

FRANCISCO: Pues ¿quién

los brazos os enajena?

PETRONILA: Quien, porque puede, me ordena

que a nuevo dueño se den.

Toda la corte ha creído

que en Tarragona os mataron.

FRANCISCO: Si envidiosos desearon  
que lo hiciese vuestro olvido,  
gracias, mi señora, a Dios,  
vivo vuelvo, a que podáis,  
con las nuevas que me dais,  
matarme de celos vos.

Si del modo que os oí  
más de una vez, me hospedara  
vuestro pecho, conservara  
las finezas que os creí,  
y el alma, que no se inclina,  
si bien quiere, a falsedades,  
pronosticara verdades  
por la parte de divina  
que tiene. Echárame menos  
y, adelantándoos enojos,  
no os consintiera los ojos  
tan alegres y serenos.

Vos, sí, me matáis de veras,  
no asaltos, tiros ni balas.

PETRONILA: De las nuevas, cuando malas,  
siempre se creen las primeras;  
las que tuvimos de vos fueron  
de que os habían muerto;  
quiseos bien, sabéis que es cierto;  
pero no estando los dos  
desposados, si exteriores  
demonstraciones hiciera,  
motivo a malicias diera  
de atentos censuradores.

Venís vivo. ¡Dios os guarde!  
Falsas nuevas desmentís;  
pero, aunque vivo venís,  
para amarme venís tarde.

Hame casado en Milán  
mi tío; acepté el contrato;  
sustituyóme un retrato;  
es noble, es rico, es galán.

Júzgole ya tan cercano,  
que, si en la corte no está,

brevemente llegará  
a ejecutarme en la mano.

Ved, pues, si es lance forzoso  
cumplir esta obligación,  
vos muerto en la estimación,  
y él de próximo mi esposo.

FRANCISCO: Gustosa habéis enviudado  
en la voluntad primera,  
pues el medio año siquiera  
el luto no habéis guardado.

Muchos años os gozad,  
ya que en vos mi amor expira,  
que quien me mató en mentira  
hará que salga verdad.

Porque, volviéndome loco  
los desengaños que escucho,  
no harán en matarme mucho  
si en fingirlo hicieron poco.

*Hace que se va*

PETRONILA: Oíd, don Francisco, oíd.

Esperad, que la templanza  
logra tal vez su esperanza.

Dejad que llegue a Madrid  
el tal vuestro opositor,  
y ambos a dos litigad,  
que siempre es la voluntad  
tibia sin competidor.

Alegue él en su derecho  
la acción que le da mi tío;  
que libre está mi albedrío  
confesándoos que, en mi pecho,  
antes que a él os dio lugar;  
quíseos bien, y al forastero  
ni le aborrezco ni quiero,  
porque sin ver no hay amar.

Luego hasta aquí preferido,  
estáis en la antelación

de mi primera afición,  
y retiraros vencido,  
cuando con ventajas tantas  
podéis litigar, sería  
desairosa cobardía.

FRANCISCO: ¡Ay, Petronila, que encantas  
y enamoras con rigores!  
¿Quién de ti pudo creer  
que en mi ofensa había de hacer  
pleito tu amor de acreedores?

*Sale MELCHORA*

MELCHORA: Esta carta con su porte  
me dio un mozo para ti.

*Dásela*

¡Jesús! ¿Don Francisco aquí?  
¿Vivo, sano y en la corte?  
¡Válgame Dios, y qué susto  
me ha dado vuesa mesté.

FRANCISCO: Vivo no, que mal podré  
vivir si mata un disgusto.  
Sano tampoco, Melchora,  
pues en la cama caí  
del desengaño; mas sí  
en la corte, que cada hora  
muda amantes como galas.

MELCHORA: Llorado le hemos las dos  
más de un mes. Librenos Dios  
de nuevas que son tan malas.

PETRONILA: (¡Si fuese de don Gregorio      Aparte  
la tal carta!)

MELCHORA: En buena fe  
que esta noche le soñé  
que estaba en el Purgatorio.

FRANCISCO: No hay muerte como una ausencia

pues que las vidas aparta.

PETRONILA: Lo que contiene esta carta  
veré con vuestra licencia.

*Ábrela*

FRANCISCO: Será del dueño felice  
que ya tan cerca esperáis.  
¡Adiós!

PETRONILA: No quiero que os vais;  
escuchadla, que así dice:

*Lee*

"Don Gregorio, mi señor,  
que iba a serviros y a veros,  
en la venta de Viveros,  
según nos dice el doctor,  
dará fin triste a su amor;  
porque de una leve herida  
está al *Laus Deo* de la vida  
y ya el aliento le falta.  
Dióselo un capón de Malta  
que sobra para homicida.

*Asústase*

Tómanle la sangre aquí  
y el dinero. Llevaráse  
a Rejas y cuidaráse  
de su cuerpo y alma allí.  
Corre la cuenta por mí  
de dároslo. Un pasajero  
es de aquésta el mensajero,  
por cuya prisa concluyo,  
Montilla, lacayo suyo,  
y de hoy más vuestro escudero."

¡Válgame Dios, qué  
desgracia!

FRANCISCO: No la tengo por tal yo.

MELCHORA: Ni el que la carta escribió,  
que, a fe que estaba de gracia.

PETRONILA: ¿Qué haremos, Melchora, en esto?

MELCHORA: Sea mentira o sea verdad,  
el caso es de calidad,  
que en virtud de él te amonesto  
vayas a Rejas al punto.

PETRONILA: ¿Y si éste algún cómo  
fuese?

MELCHORA: Dado que así sucediese,  
o le hallásemos difunto,  
lucirá más la fineza  
de quien dueño le aguardaba.

PETRONILA: ¡Que este susto me esperaba!

MELCHORA: Cuando por ellos empieza  
amor y se muestra arisco  
dicen que después se deja  
ensillar.

PETRONILA: ¿Qué me aconseja  
en tal caso don Francisco?

FRANCISCO: Mi amor, que no vais allá;  
y que sí, mi cortesía.

PETRONILA: La vuestra, desde este día,  
en mi estimación tendrá  
el abono que merece.

¡Qué cuerdo y qué generoso!

FRANCISCO: Será el ir con vos forzoso,  
por lo que un camino ofrece.

PETRONILA: Tan obligada lo acepto  
como habéis de hallar después.

*Sale doña ANA, de hombre,  
alborotada*

ANA: ¡Señores! Si es interés

de nobles, que en un aprieto  
fortuito y peligroso  
se socorra a un desgraciado,  
a un hombre la muerte he dado  
contra mi honor alevoso;  
viene tras mí la justicia  
y en sus manos casi estoy;  
amparadme, pues os doy  
de mis desgracias noticia.

PETRONILA: Entraos en ese aposento.

*Éntrase*

¿Otra desdicha, Melchora?

MELCHORA: Vienen a pares cada hora.

PETRONILA: Ciérrale en él al momento.

FRANCISCO: Alabo vuestra piedad.

PETRONILA: ¡Qué mozo es el delincuente!

FRANCISCO: Siempre el agravio es valiente  
y suple cualquiera edad.

*Salen un ALGUACIL y tres ESBIRROS*

ALGUACIL: Aquí entró. No hay escaparse.

PETRONILA: ¿En mi casa la justicia?

Señores, ¿qué es esto?

ALGUACIL: Casos  
que forzosamente obligan  
a no mirar en respectos.  
Vuestas mercedes me digan  
dónde un mozo se escondió,  
de un caballero homicida,  
que en la venta de Viveros  
será milagro que viva.

PETRONILA: ¡Ay, cielos! ¿Quién es el muerto?

ALGUACIL: Si su desgracia os lastima,  
el herido es don Gregorio  
de Leyva Toledo y Silva.

PETRONILA: ¡Desdichada de mí! Que ése  
que decís a ser venía  
mi esposo desde Milán.

ALGUACIL: Vengad, pues, vuestra desdicha  
manifestándome al reo.

*A don FRANCISCO y a MELCHORA quedo*

PETRONILA: ¡Pluguiera á Dios! Nadie diga  
que sabe de él.

ALGUACIL: ¿Dónde está?

PETRONILA: No ha entrado aquí; que la vida  
diera yo por la venganza  
de tal insulto.

ALGUACIL: La vista  
no es posible que se engañe.  
Por aquestas puertas mismas  
entró, huyendo de nosotros.

MELCHORA: Debió de subirse arriba  
o esconderse tras la puerta.

PETRONILA: Los cuartos altos habita  
un conde. Búsquenle en ellos;  
que yo prometo en albricias  
de su prisión un diamante.

ALGUACIL: Será, pues, cosa precisa  
registrar toda esta casa,  
ya que, por ser compasiva,  
sois crüel con vuestro esposo.

PETRONILA: Perdónoos esa malicia;  
mas mirad que a la en que estáis  
se le guardan cortesías

ALGUACIL: No es agora tiempo de ellas.  
Suban al cuarto de arriba  
y examinen sus rincones.

*Vanse los dos ESBIRROS*

Entre conmigo Valdivia.



Abras esta puerta.

MELCHORA: (¡Ay cielos! Aparte  
El pobrecito peligra.

*Abren la puerta por donde entró doña  
Ana, y éntranse el ALGUACIL, MELCHORA y el  
ESBIRRO*

FRANCISCO: No hará tal viviendo yo;  
que quien los estorbos quita  
a mi amor, e impide celos,  
mi amistad y espada obliga.

PETRONILA: Don Francisco, ¿estáis en vos?  
¡Tenéos!

FRANCISCO: Doña Petronila,  
o he de morir o librarle.

*Salen MELCHORA y doña ANA de mujer con un  
serenero en la cabeza*

MELCHORA: Siempre el mal se multiplica.

ANA: ¡Hasta mi cama dos hombres!  
¿Esto ha de sufrirse, prima?  
¿Y en casa vuestra?  
¿Qué es esto?

MELCHORA: (¡Disfraces por tropelía!) Aparte

*Anda el ALGUACIL entrando y saliendo como que busca  
al reo*

ANA: ¿Tenéis tan poca confianza  
de lo que mi honor estima  
su crédito, que las noches  
que al reposo me retiran  
me echáis la llave vos propia,  
y hasta las once del día  
no consentís que me vea

el sol, con no ser su ninfa;  
y cuando a dormir la siesta  
me encierro, medio vestida,  
dais en mi aposento entrada  
a dos hombres?

FRANCISCO:               La justicia  
tiene licencia, señora,  
para tales demasías.  
No os asustéis, que no es nada.

*A doña PETRONILA*

Suplícote que prosigas  
con esta ficción sabrosa;  
pues es la persona digna  
que la inventó, por su ingenio  
de todo amparo y estima.

ANA:               ¡Justicia en casa, señores!  
¡Válgame Dios, qué desdicha!  
Pues ¿qué ha sucedido en ella?

*Está presente el ALGUACIL*

PETRONILA:       ¡Qué cansada melindrizas!  
Ya te han dicho que no es nada.  
Éntrate allá.

*Salen los dos ESBIRROS*

ESBIRRO 1:               No hay quien diga  
cosa en casa de provecho.  
No he perdonado oficina,  
pieza, jardín, cofre, pozo,  
hasta la caballeriza,  
hasta debajo las camas;  
pues--¡por Dios!--que no alucinan  
mis ojos, y que te vieron

entrar por aquí.

ESBIRRO 2:               Allá arriba  
todos se hacen ignorantes;  
si bien una berberisca,  
esclava en el apariencia,  
no sé que pasos afirma  
que sintió en los corredores,  
como de quien huye a prisa,  
pero piensa que jugaban  
algunos de la familia.

ESBIRRO 1:   Saltaría a esotra casa.

ESBIRRO 2:   Es sin duda.

PETRONILA:               No te diga  
tercera vez que allá te entres.  
Acabemos ya.

ANA:                        ¡Qué esquiva!  
Ya recelarás que el conde,  
a título de visita,  
me ha de robar con los ojos;  
pues sosiéguese tu envidia  
y acaba ya de casarte  
con él, sin que me persigas.  
Pues todo se cae en casa  
y en esotro cuarto habita.  
Ven tú a tocarme, Melchora.

*Vase doña ANA*

MELCHORA:   (Sazonado hermafrodita,       Aparte  
¿quién te reveló mi nombre?)

*Vase MELCHORA*

ALGUACIL:   Hecho habemos exquisitas  
diligencias, aunque en vano.  
Perdonad, señora mía;  
que en ministerios como éste  
no cumple quien no averigua.

*Vanse el ALGUACIL y los ESBIRROS*

PETRONILA: ¿Oístes vos en novela,  
por sazónada aplaudida,  
suceso a éste semejante?

FRANCISCO: La necesidad afila  
los aceros al ingenio,  
y el riesgo le sutiliza  
desenvoltura agradable.

PETRONILA: Cuando debiera, ofendida,  
aborrecerle, me alegro  
viendo que por mí se libra.

FRANCISCO: Yo, a lo menos, seré ingrato  
sí, con la hacienda y la vida,  
desde hoy más no le agradezco  
medras de su bizarría.  
Llamémosle; mas él sale.

*Sale doña ANA, de mujer, y  
MELCHORA*

ANA: Si plumas no os eternizan,  
si no os celebran, señora,  
por la fénix de Castilla,  
no hay conocimiento en ella,  
ni en mí, desde aqueste día,  
sangre que noble me llame,  
fe que, como esclava, os sirva  
sí, ingrato a tantas mercedes,  
toda el alma no os dedica,  
la voluntad, la memoria,  
el aliento que respira,  
los pensamientos que engendra  
y las potencias que anima.

PETRONILA: No os quiero empeñado tanto,  
que a mí propia me debía  
el socorro que aquí hallastes

y me le pago a mí misma,  
si bien tiene circunstancias.

ANA: Melchora me dio noticia  
de ellas, y sé que de Italia  
caminaba el que venía  
a intitularos su prenda;  
mas, si no desacreditan  
la verdad enemistades,  
creed que no os merecía  
y que, en Nápoles casado,  
debéis estar a la herida  
que le dieron mis ofensas  
de algún modo agradecida.  
Sabréis el por qué a su tiempo.

FRANCISCO: ¿Qué mejor que éste? Decidla  
mucho de eso, ilustre joven.  
Proseguid siguiera en cifra,  
desempeñaréis deseos  
que no ha mucho se ofrecían  
por vos a cualquiera lance.

ANA: Tendré el serviros a dicha.

PETRONILA: Quédese eso por agora;  
que estimo en más vuestra vida  
que esa relación; no obstante  
lo que me importa el oírla.  
Mirad que aquí corréis riesgo.

ANA: Siendo vos la imagen mía  
del socorro, no osará  
ofenderla la justicia.

PETRONILA: ¡Qué bien el traje os asienta!  
Si yo ignorara el enigma,  
¡qué de celos fulminara  
de vos!

ANA: Basta, que fulminan  
rayos, señora, esos ojos  
que agradezco, mientras miran  
a este caballero afables.

FRANCISCO: Si los vuestros patrocinan  
ansí mi desvalimiento,  
mi esperanza resucita.

PETRONILA: ¿Quién os dijo a vos que un conde  
sobre estas piezas habita,  
y el nombre de esa criada?

ANA: ¿Quién, mi señora? Vos misma  
al alguacil, deslumbrando  
violencias de su pesquisa,  
y mandando que Melchora,  
hasta en aquesto advertida,  
con llave me asegurase.

PETRONILA: Decís bien; pero me admira  
que os vistiesedes tan presto,  
y que cuando lo examina  
todo el interés, pues siempre  
dicen que es lince en la vista,  
no reparase en la ropa  
que os quitastes.

ANA: Mal podía,  
si me la puse debajo;  
cerróme el temor y prisa  
en esa cuadra, hallé en ella  
ropa, jubón y basquiña;  
esta curiosa toalla  
las almohadas cubría,  
que haciéndola serenero,  
los ministerios duplica;  
sirvió la capa de enaguas;  
acomodé luego encima  
lo femenino, y al sombrero  
un clavo tras las cortinas  
de la cama; espada y daga  
también escrúpulos quitan,  
durmiendo entre los colchones;  
revuelvo sábanas limpias  
entre la colcha y frazadas  
de manera que atestiguan  
que me levantaba entonces;  
entra la turba ministra,  
asústome a lo doncello  
salgo, si descolorida  
o no del tal sobresalto

los que lo vieron lo digan,  
y quedo libre y sin costas  
por vos, señora divina,  
y por este caballero.  
Ya la noche nos avisa  
que restituya disfraces;  
sácame, Melchora amiga,

*Va por ello*

sombrero, daga y espada,  
que apenas dará la risa

*Desnuda el traje de mujer*

del alba mañana al campo  
los gajes que le matizan,

*Desnudándose*

cuando volveré gozoso  
a haceros una visita.

*Queda en cuerpo, la capa como faldellín que se  
pone en su lugar; y tiene la cruz de San Juan en  
ella*

PETRONILA: Cumplido ansí, que hasta entonces  
tengo de juzgar prolija  
la noche.

FRANCISCO: ¡Qué airoso mozo!

PETRONILA: ¡Qué agradable bizarría!

MELCHORA: Todo lo escondido traigo.

*MELCHORA con lo que pidió, y póneselo  
doña ANA*

ANA: Venga. Favorable prima,  
adiós. Caballero, adiós.

PETRONILA: ¿Volveréis?

ANA: Por una vida  
entre los dos empeñada.

*Vase doña ANA*

FRANCISCO: ¿Y qué ha de haber de partida  
a Rejas?

PETRONILA: Dormir sobre ello,  
que agora estoy indecisa.

## FIN DEL PRIMER ACTO

---

## ACTO SEGUNDO

---

*Sale doña ANA, de estudiante bizarro, y  
doña PETRONILA*

ANA: Todo cuanto he referido  
es infalible verdad.

PETRONILA: ¿Hombre de tal falsedad  
pretende ser mi marido?

No lo permitan los cielos.

ANA: Así engaña la presencia  
de una agradable apariencia.

PETRONILA: Y vos, que excusáis recelos



de que os prenda la justicia,  
vengador de vuestra hermana,  
cubriendo con la sotana  
la cruz de vuestra milicia,  
¿por qué el nombre no mudáis  
de la suerte que el vestido?

ANA: Basta mudar de apellido.

PETRONILA: Pues ¿de qué suerte os llamáis?

ANA: Don Gómez Portocarrero.

PETRONILA: ¿Y si el don Gómez hiciese  
que alguno aquí os conociese?

ANA: Nunca del nombre primero,  
que de pila el vulgo llama,  
se suele hacer mucha cuenta;  
no pudo verme en la venta  
quien para su esposa os ama;  
pues de noche y fuera de ella,  
como la luna que hacía,  
por entre nubes nos vía,  
ya era luna, ya era estrella;  
y así entre claro y obscuro  
lo que advirtió en mi semblante  
con el hábito estudiante,  
mi señora, lo aseguró;  
estimo vuestros temores  
--¡ojalá fueran desvelos!--  
pero tratemos de celos,  
que son sal de los amores.

Diez días ha que mi enemigo  
en Madrid, convaleciente,  
por veros a vos presente,  
ved lo poco a que os obligo,  
juzgándole por difunto,  
sin peligro y en pie está;  
porque, a vos, ¿quién os verá  
que no resucite al punto?

Visitáisle cada día,  
regaláisle de hora en hora;  
tantas finezas, señora,  
y todas a costa mía,

¿cómo pueden ser en vano  
si, mientras a verle vais,  
y a un enfermo salud dais,  
le quitáis la vida a un sano?

PETRONILA: Don Gómez, las cortesías  
precisas no son amores.

ANA: Vos mal lograréis las flores  
de mis ya abreviados días.

PETRONILA: Vino a casarse conmigo  
no menos que de Milán;  
es mi deudo, ¿qué dirán  
si de mi sangre desdigo?

¡Ay, don Gómez! Nunca Dios  
esta casa os enseñara;  
o, ya que en ella os librara,  
nunca yo pusiera en vos  
los ojos que lastimarse  
supieron, para encenderse,  
pues les dio el compadecerse  
motivos de desvelarse;

de mi piedad os valistes,  
nunca el cielo permitiera  
que yo tan piadosa fuera,  
pues cuando dama os fingistes,  
tan hermosa os llegué a ver,  
mudado el hábito y nombre,  
que diera yo por ser hombre,  
para haceros mi mujer,

lo mismo que después diera  
cuando el traje os desnudastes  
de mujer y os restaurastes  
a vuestra forma primera.

Pero esto para después.  
Vino a esta corte el herido  
por vos. Si con él he sido,  
visitándole, cortés,

y regalándole, noble  
también os puedo afirmar  
que si llegara a ignorar  
lo civil del trato doble,

que con vuesrra muerta hermana  
usó, y vos me referís  
el amor que me atribuíis  
y la sangre que cercana  
tengo suya, concluyera  
conmigo dificultades  
y, enlazando voluntades,  
al tálamo nos uniera;  
porque no me negaréis  
lo que en él es tan notorio,  
y que tiene don Gregorio,  
aunque mal con él estéis,  
excelentes perfecciones.

*A lo triste*

ANA: La mayor es celebrarlas  
vuestro abono.

PETRONILA: El alabarlas  
se quede en ponderaciones;  
no por esto os demudéis,  
que ya él acabó conmigo;  
esto supuesto, prosigo  
para que me aconsejéis.

Volvistes a verme el día  
siguiente de aquel fracaso  
que os abrió en mi casa el paso,  
y añadióos la hipocresía  
del científico disfraz  
del trajedizo estudiante  
tanto hechizo en lo galante,  
tanta guerra entre la paz  
con que ese hábito asegura,  
que ignorando el mal que encierra  
tocó en mis ojos a guerra,  
en que abrasarme procura;  
que hace la superstición  
de estos siglos ignorantes,  
en las viudas y estudiantes

gala la recolección.

Si en mujer, pues, transformada,  
mis varoniles deseos  
me hicieron en sus recreos  
celosa y enamorada,

si después que os desnudastes,  
ya Adonis, Venus primero,  
¡cuánto, galán lisonjero,  
mis potencias despeñastes!

Y si, estudiante después,  
sois tres veces mi homicida,  
tres veces por vos perdida,  
y mi alma obligada a tres:

a don Francisco, que alega  
mi primera voluntad;  
al que vuestra enemistad  
hirió, y a casarse llega,

y con más afecto a vos,  
pues en tan arduo interés  
valéis vos solo por tres,  
y ellos no más que por dos.

¿Cómo saldré de este abismo,  
si no es que en vuestro consejo  
libradas mis dudas dejo  
juez y parte de vos mismo?

ANA: Esta mano he de besaros

*Bésala*

antes que esa plaza admita,  
y aunque mi bien solicita,  
primero he de preguntaros,

¿Qué imposibles pena os dan  
cuando mi esposa os espero?

PETRONILA: Dos terribles considero:

una la Cruz de San Juan  
en el pecho, que deshace,  
casta toda y toda nieve,  
el yugo amoroso y leve

que nuestras almas enlace.

ANA: Ése está tan en mi mano  
como veréis algún día;  
el segundo, prenda mía,  
os falta decir.

PETRONILA: Que en vano  
piensa encubrir vuestra edad  
naturales desengaños  
que han de pregonar los años  
en vuestra cara.

ANA: Aclarad  
más ese enigma.

PETRONILA: Sí, haré;  
pero excusad los colores  
de la mía entre temores  
que os han de enojar.

ANA: ¿Por qué?

PETRONILA: ¿Qué sé yo? Sabéislo  
vos,

y dudo manifestarlos.  
Si vos queréis declararlos  
solos estamos los dos;  
que no por ese defeto  
menos os he de querer.

ANA: ¿Imagináisme mujer?

PETRONILA: Peor.

ANA: ¿Qué bajo conceto  
habéis formado de mí?

PETRONILA: ¿De vos yo? De dos renglones  
culpadas manifestaciones  
trabajosas.

ANA: ¿Cómo así?

PETRONILA: Esperaos, y mostraréos  
dos líneas solas; y en ellas  
la causa de mis querellas  
y estorbo de mis deseos.

*Saca un papel; rómpele y  
enseñale dos solos renglones*

Hacen mención de la herida  
pasada. Ved vuestra falta.

*Lee*

ANA: "Diósela un capón de Malta,  
que sobra para homicida."  
En mi sobresalto poco  
conoceréis qué verdad  
tenga aquesta falsedad.  
Sazonado anduvo el loco  
que intentó, necio y cobarde,  
valerse de estos engaños.  
Yo tengo diez y nueve años,  
los Ávalos barban tarde.  
Veréis cuán presto desmiento  
malicias del delator;  
volvamos a vuestro amor;  
diréos en él lo que siento,  
pues pedís que os aconseje.  
Don Gregorio no ha de ser  
quien os llegue a poseer.  
Éste, señora, se deje,  
que vos no habéis de casaros  
con quien me ha ofendido a mí.  
Con don Francisco, eso sí;  
que supo, firme, obligaros;  
que supo, ausente, quererlos;  
olvidándole, serviros;  
ofendiéndole, sufiros,  
y constante, mereceros.  
Es mi amigo; el otro no,  
y ansí, por mí, habéis de amarle,  
y al otro ni aun escucharle.  
Basta gustar de esto yo.  
Y pues juez me señaláis  
de esta causa, y prometéis  
que de mí no apelaréis,

fallamos que así lo hagáis.

PETRONILA:     ¿Cómo don Gómez, pues vos  
que, como juez, definís,  
siendo parte os excluís  
sentenciando por los dos?  
      ¡Qué tibio amor! ¡Qué severo!  
      ¡Qué presto quién sois dijistes!

ANA:            Asesor vuestro me hicistes,  
la justicia es lo primero.

PETRONILA:     ¿Es ésa la voluntad,  
tantas veces ponderada,  
que me tenéis?

ANA:            Comparada  
con la razón y amistad,  
cuando a la justicia toca,  
ésta se ha de anteponer,

PETRONILA:     ¡Qué poca debe de ser!

ANA:            Esperad. Veréis si es poca.  
Boceguillas entra acá.

*Salen BOCEGUILLAS y MELCHORA*

BOCEGUILLAS:  Señor me llama, Melchora.

MELCHORA:     También llamará señora:  
salgamos los dos allá.

BOCEGUILLAS:  ¿Qué manda el *dómine* mío?

MELCHORA:     Acá vengo yo también.

ANA:            Di tú, que lo sabes bien,  
pues siempre de ti me fío,  
qué finezas, qué desvelos  
me hace esta ingrata pasar.  
Dilo.

BOCEGUILLAS:  Eso es nunca acabar:  
ansias, llantos, quejas, celos;  
si fueran maravedises,  
llenáramos de vellón  
desde Madrid al Japón,  
los bajos y altos países.  
Ayudaba el otro día

a misa, que lo hace bien,  
y por responder "Amén,"  
dijo, "Petronila mía."

Las noches tan desveladas  
de claro en claro pasamos,  
que, aunque por dormir, tomamos  
almidones y almendradas,

una de éstas, entre sueños,  
se levantó y dio tras mí,  
diciendo, "¡Ah, traidor!, aquí  
te tengo; de los empeños

de mi honor será notorio  
el desquite." Desperté,  
y díjele, "¿A mí? ¿Por qué,  
no siendo yo don Gregorio?"

"Sí eres," dijo, "que causar  
a mi hermana te atreviste  
la muerte, y pues la ofendiste,  
no te has de petronilar."

"Mira que soy," le respondo,  
don Francisco." "Ése es mi amigo,"  
replica, "mas no me obligo  
con celos a nadie." Escondo

la cabeza tras un poste;  
mas tiró tal cuchillada,  
como quien no dice nada,  
que me obligó a decir, "¡Oste!"

Pero olvidóseme el "puto."  
Súbome, huyendo, al desván  
y él dijo, "A los de San Juan,  
ni Bajá ni Marabuto

se les escapa." Me aturdo  
de miedo. Estaba allí un gato,  
si de Roma por lo chato,  
del infierno por lo zurdo;

que una jácara maullaba  
a una gata pelivisca.

Preciábase ésta de arisca,  
y el miz que la requebraba,  
encrespándose se atufa



creyéndonos pretendientes  
y, mostrándonos los dientes,  
gruñe el uno, el otro fufa,  
y cada cual desenvaina  
dos cajas de a diez cuchillos;  
sirvióme a mí de zarcillos  
la gaticia, que era zaina,  
y colgóseme a una oreja,  
que, pensándola orejón,  
la sirvió de colación  
a vueltas de una guedeja.

El romo a la cara vuela  
de mi amo, agraz de su boda,  
y, pautándose la toda,  
como muchacho de escuela,  
dijo entonces, medio en sí,  
"¡Oh, infame! ¿Tú me acuchillas?  
¿Estamos en Boceguillas?"  
"En él no, mas con él sí,"  
dije, y ambos lloraduelos  
repetíamos a ratos,  
"Petronila, hasta los gatos  
nos aruñan por tus celos."  
Salió el planeta membrillo,  
y en la cura del tal cuento  
se gastó un bote de unguento  
almartaga y amarillo.

Tanto te ama--¡vive Dios!--  
que con Píramo se iguala.

ANA: ¡Anda, vete enhoramala!

BOCEGUILLAS: Y esto, aquí para los dos.

PETRONILA: En efeto. ¿En qué quedamos  
vos y yo?

ANA: En que si esta vez  
pronuncié, en virtud de juez,  
contra mí mismo el fallamos,  
ya, como don Gómez, sólo  
os pido, muerto por vos,  
que a ninguno de los dos  
améis; ni aun al mismo Apolo,

que hasta éste celos me da.

PETRONILA: La mano de amigos ¡ea! ¡

*Dásela*

ANA: ¡Ojalá de esposo sea!

PETRONILA: (¡Ay, Dios, qué tierno! ¡Ojalá!) Aparte

*Salen don FRANCISCO y velos de la mano, y con*

*él MONTILLA*

FRANCISCO: Falta de padrinos tiene  
este feliz desposorio,  
pues...

MONTILLA: Mi señor don Gregorio  
a veros, señora, viene;  
siendo ésta la vez primera  
que los pies pone en la calle.

FRANCISCO: Presto podréis despachalle  
si ser vuestro esposo espera,  
pues le ocupa la posada,  
tan discreta prevención.

PETRONILA: Cumplir esta obligación,  
cuanto precisa cansada,  
es fuerza. Esperad los dos,  
y con menos sentimiento,  
don Francisco, en un intento  
donde habéis tenido vos  
más parte que imagináis,  
pues es vuestro, protector  
quien juzgáis competidor.

ANA: Si presto no despacháis  
la visita juzgaré  
que la recibís con gusto.

PETRONILA: Menos tiempo de lo justo,  
don Gómez, la ocuparé.

*Vanse doña PETRONILA y MELCHORA*

ANA:            ¡Qué poca satisfacción  
los celos, amigo, dan!  
Pues, por la cruz de San Juan,  
que los fundáis sin razón;  
    porque en las manos ceñidas  
que maliciáis en los dos,  
fuistes la visagra vos  
a vuestro amor reducidas:  
    quien bodas ausente ordena,  
para asegurar su amor,  
nombrando un procurador,  
se casa por mano ajena.  
    Esto mismo a hacer me atrevo  
por cumplir con mi amistad:  
lograr vuestra voluntad  
y pagaros lo que os debo.  
    Celos son desconfiados  
y de pasión tan avara,  
que nunca yo los osara  
pedir dineros prestados.  
    Dama tengo yo en Madrid,  
que habéis de ver esta tarde,  
y hacer de mi dicha alarde.  
No me respondáis. Venid,  
    que os he de dejar corrido  
por lo que habéis maliciado.

FRANCISCO:    Dar excusas no acusado  
sospechoso siempre ha sido,  
    y más con la calidad  
de ese traje; que el engaño  
se matricula cada año  
en cualquiera facultad:  
    embelecos y estudiantes  
todo es uno.

ANA:            En conclusión,  
no hay regla sin excepción:  
vos y yo somos amantes,  
    mas en distintos sujetos;  
lo que dure esta visita  
vuestra amistad me permita

que os comunique secretos  
conque hagáis, después, de mí,  
confianza más segura.

FRANCISCO: Vamos; que amor es locura,  
y celos su frenesí.

ANA: Verá otros nuevos secretos.  
Don Gregorio, por cuidado,  
todas las tardes al Prado  
sale de los Recoletos;  
yo he de ir allá, y un engaño  
me ha de lograr dos intentos:  
proseguir mis pensamientos  
y vengarme con lo extraño;  
su desvelo ha de aumentar  
mi industria; que pues aquí  
me tiene sin alma a mí,  
también él ha de penar.

*Vanse don FRANCISCO y doña ANA*

MONTILLA: ¡Ah, caballero!

BOCEGUILLAS: (Recelo      Aparte  
que me conoció el Montilla.)

MONTILLA: Caballero, no de silla,  
sino de manta o en pelo,  
una palabra.

BOCEGUILLAS: Abreviar  
con ella, y hablar sin fieros.

MONTILLA: En la venta de Viveros,  
¿no le vi yo ministrar  
al criminal por civil  
desbarbado?

BOCEGUILLAS: Sí, vería,  
puesto que no era de día,  
a la luz de algún candil.

MONTILLA: Pues, cómplice en el delito,  
¿cómo se anda por aquí?

BOCEGUILLAS: Yo, Montilia, os asistí  
en todo lo requisito

de la tal cena fiambre,  
y cuando mi amo le hirió  
al punto las afufó  
dejándome con el hambre.

Pasó entonces por la Puente  
un caballero estudiante;  
seguíle, aunque de portante  
volaba, y fue tan clemente  
que, informado del suceso,  
plaza en su casa me ha dado;  
habémonos combinado,  
yo mequetrefe, él travieso;  
sirvole de gentilhombre,  
porque lo soy, como ve,  
y, aunque las manos mudé,  
no han mudado ellos el nombre:  
don Gómez, como el primero,  
el segundo; pero aquél  
Ávalos y Pimentel,  
y estotro Portocarrero.

¿Queda más por preguntar?

MONTILLA: Mucho más.

BOCEGUILLAS: Estoy de prisa.

MONTILLA: ¿Qué causa tiene él precisa  
en esta casa?

BOCEGUILLAS: El estar  
con don Gómez, de esta dama  
primo.

MONTILLA: ¿Quién los imprimó?

BOCEGUILLAS: Sus padres, o ¿qué sé yo?;  
ansí lo afirma la fama.

MONTILLA: Luego ¿él también será primo  
de la fámula Melchora?

BOCEGUILLAS: Si ella imita a su señora  
y yo al amo, que es mi arrimo,  
un mismo deudo tendremos;  
porque los sirvientes y amos  
por un estilo imprimamos  
con las hembras que queremos.

MONTILLA: Eso es lo que yo aguardaba.

Saque la espada.

BOCEGUILLAS: No puedo.

MONTILLA: ¿Cómo no? ¿Será de miedo?

*Desde dentro*

ANA: ¡Ah, Boceguillas! Acaba.

BOCEGUILLAS: ¿Velo? Por hoy se desarmen  
pendencias.

MONTILLA: ¿Pues por qué hoy?

BOCEGUILLAS: Es miércoles; y yo soy  
devotísimo del Carmen,  
y en él carne... ¡ni aun la toco!

MONTILLA: ¡Ah, cobarde! No te atreves.

BOCEGUILLAS: Hoy, no; mas mañana es jueves,  
y mañana...

MONTILLA: ¿Qué?

BOCEGUILLAS: Tampoco.

*Vase. Salen doña PETRONILA y don GREGORIO,  
por báculo la espada*

PETRONILA: Convaleciente, señor,  
importará recogeros  
temprano.

GREGORIO: Quien vive en veros,  
no viéndoos se halla peor.

PETRONILA: Estímoos ese favor;  
pero es muy a costa vuestra.

GREGORIO: Si he de sacar por la muestra,

.....

.....

..... [-estra].

Juzgando por lo exterior,  
hermosa señora mía,  
en vos la mercaduría  
no me enseña mucho amor

..... [-or]

.....

.....

.....

.....

.....

lo tibio con que me habláis.

*Sale MELCHORA*

PETRONILA: No siempre está el corazón  
con una disposición,  
si afectos examináis.

GREGORIO: Más con eso me enfermáis  
que la peligrosa herida.

PETRONILA: Deseo yo vuestra vida  
todo lo posible.

GREGORIO: Creó  
lo que decís; pero veo  
lo contrario en mi venida.  
Juzgábame yo, en virtud  
de tanto favor pasado,  
más bien visto en vuestro agrado.

PETRONILA: Tratad de vuestra salud  
y lógrese juventud  
que tan bien en vos se emplea,  
que, aunque por vos no se crea;  
es mi mayor interés;  
que ocasión habrá después  
en que más gustosa os vea.

GREGORIO: Daros fe será forzoso,  
aunque a mí mismo me engañe.

PETRONILA: Temo que el sereno os dañe,  
que en Madrid es peligroso.

GREGORIO: Juzgárame yo dichoso  
y acabara de estar bueno  
si ese cielo, por quien peno,  
se serenara al mirarme;  
que a mí lo que ha de matarme

es faltarle lo sereno.

Pero no os quiero cansar.  
Guárdeos Dios felices años,  
que, si curan desengaños,  
poco tardaré en sanar.

PETRONILA: Quiéroos, señor, perdonar,  
a trueco que estéis mejor,  
en materias de rigor,  
aunque en ello os engañéis  
todo cuanto imaginéis.

GREGORIO: Adiós.

*Vanse don GREGORIO y MONTILLA*

PETRONILA: Adiós, mi señor.  
Melchora, ¿no quedó aquí  
don Gómez con don Francisco?

MELCHORA: Llévanlo todo abarrisco  
los celosos.

PETRONILA: ¿Cómo así?

MELCHORA: Descompadrados los vi  
irse.

PETRONILA: El coche haz, pues, sacar.

MELCHORA: ¿Dónde los piensas hallar?

PETRONILA: ¿Qué sé yo? Amor nunca acierta  
sino errando.

MELCHORA: Es cosa cierta.

PETRONILA: Pues, errando, he de acertar.

*Vanse. Sale doña ANA de mujer, con manto, y  
BOCEGUILLAS*

ANA: ¿La capa, espada y sombrero?

BOCEGUILLAS: Todo viene donde has dicho.

ANA: Será el coche mi vestuario.

BOCEGUILLAS: Y el arquilla, entre el aliño  
del cojín, que está a la popa,  
hará las veces de Ovidio



en nuestro metamorfosis.

ANA: No hay amor sin artificio;  
hoy admirarás mi ingenio.

BOCEGUILLAS: Bien; pero ¿no seré digno  
de darte un almud de quejas?

ANA: ¿Tantas?

BOCEGUILLAS: Oye, te suplico.

En Milán serví soldado  
dos años; mas, fugitivo,  
deslumbrando Barracheles,  
a Génova me deslizo;  
halléte medio embarcado  
para España, y, compasivo  
de la falta de mi flete,  
me admitiste en tu servicio.  
Desde entonces hasta agora,  
tu confidente y valido,  
no he alcanzado ni un secreto  
de tu pecho; no he sabido,  
sino por mayor, que en Malta  
profesaste desde niño  
la Cruz; del turco espantajo,  
coco común del morisco,  
y que don Gómez te llamas  
juntándole al apellido  
del Ávalos generoso  
el Pimentel más antiguo;  
tomaste el Portocarrero  
por solapar los peligros  
que en la venta ocasionaste,  
por ti don Gregorio herido.  
Ha que te sirvo diez meses,  
y en los diez que ha que te sirvo,  
ni sé a qué veniste a España,  
ni penetro tus designios,  
ni si estás enamorado,  
ni quién te feria suspiros.  
Tal vez te hallo hablando  
a solas; tal, generoso conmigo,  
sin tener necesidad,

me vistes como un palmito;  
tal me envías noramala,  
y si entonces te replico,  
o va tras mí el candelero,  
o me ensordecas a gritos.  
Ya Adonis, rindes beldades;  
ya Venus, postras Narcisos;  
ya soldado, todo hazañas;  
ya escolar, todo aforismos.  
Estoy en duda si acaso  
lo atiplado en lo lampiño  
te mutiló sin saberlo  
los que junta el que es latino  
a los pretéritos siempre.  
Otras veces imagino  
que en esto del *masque genus*  
sólo tienes el vestido.  
¡Por amor de Dios, señor,  
señora o término ambiguo,  
que sepa yo con quién ando!  
Conozca yo a quién ministro;  
pues has hecho en mi lealtad  
cuantas pruebas has querido,  
sé cuenta de Santa Juana,  
sácame el alma del limbo.

ANA: Para todos los criados  
discretos el uso ha escrito  
tres preceptos provechosos,  
que son, si entre éstos te admito,  
oír, y ver y callar;  
que guardes éstos te pido;  
porque, en dando en *flos sanctorum*,  
medrarás poco conmigo.

BOCEGUILLAS: Echo a la boca unas trabas,  
pongo a la lengua unos grillos,  
sórbome todo deseo;  
desde hoy moriré de ahito.

ANA: Por lo ameno y por lo solo  
hice elección de este sitio.

BOCEGUILLAS: ¿Y por qué no por lo santo,

si consagran este hospicio  
para ejemplo de la corte  
Recoletos Augustinos?

ANA: ¿Y el coche?

BOCEGUILLAS: Allí nos espera,  
para el disfraz que me has dicho.

*Salen don GREGORIO y MONTILLA*

GREGORIO: No quiero ir tan presto a casa.

Desahogue este retiro  
enamoradas congojas,  
si es la soledad, su alivio.  
Gocen dichosos amantes  
el frecuentado bullicio  
de tanto coche que al Prado  
trasladaron los Elisios.  
Déjame, Montilla, a solas.

MONTILLA: Soy fámulo: no replico;  
mas mira que han de dañarte  
serenos.

GREGORIO: No seas prolijo.

MONTILLA: A estos álamos me asiento;  
si el sueño dijere, "envido,"  
diré, "topo," y tú, entretanto,  
bucoliza a lo de Anfriso.

*Apártase. Habla doña ANA a  
BOCEGUILLAS*

ANA: Boceguillas, ven acá.  
¿No es este hombre?

BOCEGUILLAS: Será el mismo  
que dices.

ANA: ¿Cuál?

BOCEGUILLAS: ¿Qué se yo?  
Un hombre como Dios le hizo.

ANA: ¡Necio! ¿Éste no es don Gregorio?

BOCEGUILLAS: Yo agora no gregorizo,  
que en crepúsculo la tarde  
llora del sol paraxismos  
y tengo la vista corta.

ANA: Pues yo sí, que los delirios  
de mis celos me hacen Argos.

BOCEGUILLAS: Según el aire y los visos,  
él parece.

ANA: Pues, aparta.

BOCEGUILLAS: Aparto; vaya de tiro.

*Apártase éste, y doña ANA echa  
a la cara el manto*

ANA: Retírate; no nos oigas.

BOCEGUILLAS: Si hay segundos desafíos  
acójome a este convento.

*Vase llegando ella a don GREGORIO, tapada, y los  
lacayos, cada uno por su parte, se les acercan*

MONTILLA: (Hacia mi dueño enfermizo      Aparte  
se apropincua una buscona,  
y yo a los dos me apropincuo  
por ver este perro muerto.)

BOCEGUILLAS: (Mi humor es antojadizo,      Aparte  
no he de sufrir que malpara;  
detrás de este olmo me arrimo.)

*Paseándose*

GREGORIO: Hoy ceños, ayer agrados.  
Algo contra mí la han dicho;  
pero, si son las mujeres  
pluma al viento, ¿qué me admiro?

*Tapada a él*

ANA: Debemos de padecer,  
caballero pensativo,  
pues buscamos soledades,  
unos accidentes mismos,  
y en fe de que de algún modo  
se consuelan afligidos,  
juntando penas con penas,  
juzgo que os hago servicio  
en interrumpir silencios;  
pues, si no de divertirlos,  
gustaré de acompañarlos  
mezclándolos con los míos.

GREGORIO: Déboos, oculata piadosa,  
los socorros compasivos  
que no me atrevo a pagaros;  
y os confieso agradecido  
que, a ser menos riguroso  
mi mal, sobraba el oíros  
para arrancarle del alma;  
pero son, os certifico;  
mis penas tan... tan crueles  
que las connaturalizo  
como a la sangre las venas;  
pues si no peno, no vivo.

ANA: ¡Qué poco conocimiento  
debe tener el hechizo  
que con desdenes os trata!

GREGORIO: Por ser tanto he colegido  
lo poco que yo merezca.

ANA: ¿Qué sería si, en castigo  
de malas correspondencias,  
os pagasen sus olvidos  
ingraticudes de Italia?

*Admirado*

GREGORIO: ¿Qué decís?

ANA:                   Que os pronostico  
venganzas de alguna ausente,  
que vos, sin haberla visto,  
elegistes por esposa,  
y ella, sin veros, os quiso.  
Deudor le sois de la fama,  
cuyo delicado vidrio  
se mancha con los engaños,  
se quiebra con los indicios  
de la opinión mentirosa,  
sin reparar que, ofendido,  
fija contra vos carteles  
algún poderoso Ursino.  
Deudor de la vida y todo  
le sois, pues los descaminos  
del amor interesable  
que os previene precipicios  
malograron su inocencia,  
amortajada en suspiros.  
Sepultada en sus congojas  
y llorada de infinitos,  
no os enmiendan las desgracias,  
no os enfrenan los avisos;  
pues recelad, don Gregorio,  
al cielo, que el patrocinio  
de doña Ana tiene a cargo  
y es tal vez ejecutivo.

*Admirado*

GREGORIO:    Enigmática agorera,  
¿quién tantas cosas os dijo  
de mí, si no consultastes  
infernales vaticinios?  
¿Murió doña Ana? Si es muerta,  
y yo de cuanto he fingido  
me confieso avergonzado,  
¿qué puedo hacer?

ANA:                   Desdeciros

de ofensas que la habéis hecho  
por palabra y por escrito.

GREGORIO: No sufren eso las armas;  
antes he de descubriros  
y saber quién sois.

*Quiere destaparla y ella se aparta*

ANA: Tenéos,  
que quedaréis consumido  
en las llamas que padezco.

GREGORIO: ¿Qué llamas?

ANA: Tenéos os digo;  
que ignoráis quién soy.

GREGORIO: ¿Quién sois?

ANA: Espíritu, no precito,  
pero sí preso por deudas  
que no pagué en este siglo,  
y entre incendios inmortales,  
en el otro las desquito.  
El alma soy de doña Ana.

GREGORIO: ¿De doña Ana?

MONTILLA: (¡Jesucristo! Aparte  
¿Almas aquí de medio ojo?)

*Espantados los tres*

BOCEGUILLAS: (¡Santa Juana! ¡San Patricio! Aparte  
¿Lacayo yo de entresuelos?  
Desde luego me despido.)

MONTILLA: (¿Yo con amo espiritado? Aparte  
Desde hoy hago finiquito.)

ANA: Impaciencias del desprecio,  
nunca con vos merecido,  
me llevaron, aunque en gracia,  
con los afectos tan tibios,  
que, para perfeccionarlos,  
en llamas los fervorizo;

y, porque no dudéis de esto,  
sabed que Pompeyo Ursino  
en vuestra busca navega,  
y que los franceses lirios,  
por vuestro ejército rotos,  
a Turín han puesto sitio;  
que supo vuestros engaños  
en Milán el noble tío  
de la dama que os desdeña,  
y que en este instante mismo  
la está escribiendo una carta  
y en ella cuerdos avisos  
para que la mano os niegue;  
si queréis más requisitos  
de futuros contingentes  
que abonen lo que os afirmo  
y os abran los ciegos ojos,  
yo os los ofrezco; pedidlos.

GREGORIO: Los dichos bastan y sobran;  
pero yo, que fui motivo,  
bella alma, de vuestras penas,  
¿cómo podré redimiros  
de su incendio?

ANA: Con sufragios,  
con misas, con sacrificios,  
con satisfacer mi fama.

GREGORIO: Eso postrero no admito,  
aunque todo se atropelle,  
sí, como me habéis pedido,  
en que me desdiga yo  
ha de estribar vuestro alivio  
perjudicando mi sangre.

ANA: Pues desgracias os intimo  
que serán irremediables  
en vuestro mayor castigo,  
y andaré por vos en pena  
si no hacéis lo que os he dicho.

*Vase. Todos hablan aparte*



GREGORIO: Esposa, mujer o engaño...

BOCEGUILLAS: Acogióse al escondrijo  
de *Requiem*.

MONTILLA: Fuése a Fidelium.

BOCEGUILLAS: Será un sepulcro su hospicio.

MONTILLA: No más amos.

BOCEGUILLAS: No más almas.

GREGORIO: ¿Qué es lo que me ha sucedido?

¿Burlaréme de ilusiones?

¿Creeré, cielos, lo que he visto?

#### A MONTILLA

¡Montilla, alto, al coche!

MONTILLA: ¡Tiemblo!

BOCEGUILLAS: Con ser Agosto, tirito.

GREGORIO: ¡Lo presente! ¡Lo distante!

¡Lo futuro! ¿Y no me inclino

a daros fe, confusiones?

¿No soy cristiano?

MONTILLA: Y lo afirmo.

GREGORIO: Divirtamos por el Prado

los presagios a delirios

que me están desvaneciendo.

MONTILLA: Mucho huelo, y no es tomillo.

*Vanse MONTILLA y don GREGORIO. Sale doña ANA,  
de mujer, mas no cubierta*

ANA: Boceguillas, ¿qué te has hecho?

BOCEGUILLAS: ¡Jesús! No me boceguillo;

*abrenuncio*, alma cagona.

¿Qué me quieres? ¿No te sirvo?

ANA: ¡Ah, traidor! ¿Tú me escuchaste?

BOCEGUILLAS: Que te apartes te suplico;  
que entre mi miedo y tus llamas  
me van dando calofríos.

ANA: ¡Anda, borracho, que es todo  
patarata cuanto has visto!  
Don Gómez soy; ¿de qué tiembras?  
En cuerpo y en alma vivo.  
Tócame, dame esa mano.

BOCEGUILLAS: Eso no. ¡Por Jesucristo!

ANA: Pues ¿qué temes?

BOCEGUILLAS: Que al instante  
me la conviertas en cisco.

*Tómasela por la fuera*

ANA: ¿Asegurarás te agora?

BOCEGUILLAS: ¡Ay, que me quemas! Quedito.

ANA: ¿Estás ya desengañado?

BOCEGUILLAS: *Tanti quanti.*

ANA: A don Francisco  
ofrecí que se viniese  
a estas horas y a este sitio,  
vería en él a mi dama;  
porque con este artificio  
desmienta celos que tiene,  
creyendo que le compito.

BOCEGUILLAS: Buena traza; mas ¿qué es de ella?

ANA: Yo soy dama de mí mismo.

BOCEGUILLAS: Puedes, porque ya sospecho

ANA: ¿Qué?

BOCEGUILLAS: Que eres hermafrodito;  
mas hétele al ruin de Roma.

*Sale don FRANCISCO. Doña ANA se  
cubre*

ANA: Llámale acá:

BOCEGUILLAS: ¡Qué tardío

es vusted! Aquí aguardamos  
mi señora y yo habrá un siglo.

FRANCISCO: ¡Oh, señora! ¿Tal favor?

ANA: ¿Sois el señor don Francisco?  
Boceguillas, di si es él.

BOCEGUILLAS: Como diez y tres son cinco.

FRANCISCO: Débole tanto a don Gómez,  
que, como entre los amigos  
no hay venturas reservadas,  
darme parte de ésta quiso  
para que se la envidiase.

*Salen doña PETRONILA y MELCHORA, con  
mantos*

PETRONILA: No hay, Melchora, descubrirlos;  
plegue a Dios que no suceda  
la desgracia que adivino.

MELCHORA: Mejor irás en el coche.

PETRONILA: No iré tal; que ansí registro,  
sin nota, lo que no veo.

ANA: Quiéneos mi dueño infinito,  
y yo, por el mismo caso  
que sé que en esto le sirvo,  
es fuerza que mucho os quiera.

FRANCISCO: Dichoso yo si a serviros  
ese favor acertase.

*Quedan los dos hablando entre sí*

PETRONILA: Oye. ¿Aquél no es don Francisco?

MELCHORA: Y la hermana compañera.  
Una de estas buscaruidos.

PETRONILA: ¿En el Prado y a tal hora  
dama tapada?

MELCHORA: ¿Hay cilicios?  
Que ansi llamo yo a tos celos  
por lo áspero y pungitivo.

PETRONILA: ¿Celos? No; mas sentimientos,  
algunos, aunque remisos;  
que el desprecio las mujeres,  
sin que amemos, le sentimos.  
Retírate entre estas matas.

*Acechándolos. Doña Ana, don FRANCISCO,  
y BOCEGUILLAS a un lado y doña PETRONILA y MELCHORA a la  
otra*

ANA: Tiene don Gómez hechizos  
que salen con cuanto quieren;  
afírmame que es novicio  
en la cruz blanca, y lo creo,  
que es muy mozo; con que, fío  
en su amor y noble sangre;  
que brevemente ha de unirnos  
el tálamo deseado,  
viviendo en paz y en servicio  
de Dios y vuestro.

PETRONILA: Melchora,  
peor es esto. ¡Ay, celos míos!

MELCHORA: Quien escucha su mal oye.

BOCEGUILLAS: (¡Lo que ensarta el barbilimpio!) Aside

FRANCISCO: Aunque no merezco veros,  
ni es bien me atreva a pedirlos  
sin orden suya favores  
de estima tanta, os afirmo  
que de su elección discreta,  
sútil ingenio y juicio,  
no es posible deje ser  
vuestro amor del suyo digno;  
y que esposos os deseo.

ANA: No querrá tan bien nacido  
sujeto dejar bastardo  
a tan hermoso angelito,  
pudiendo legitimarle.

FRANCISCO: ¿Don Gómez tiene en vos hijo?

ANA: Tiene en uno un cielo todo,

su rostro, sus ojos mismos,  
hasta un lunar, Dios le guarde,  
que ha de ser Cristobalico  
el Adonis de la corte,  
la envidia de los Narcisos.

MELCHORA: Adobándose va el ojo.  
¿No oyes esto?

PETRONILA: (¡Ah, fermentido Aparte  
Faltas que en ti sospechaba,  
¡qué caras las averiguo!)

ANA: Sígole desde Florencia,  
puesta mi patria en olvido,  
atropellando respetos,  
si arrojados, bien nacidos;  
concebí en Génova, y luego,  
en Madrid, clima benigno,  
sacaron a luz dolores  
un serafín en un niño.

FRANCISCO: ¿Y llamáisos vos, señora?

ANA: Doña Greida.

BOCEGUILLAS: (Ya le aplico Aparte  
para estameñas y manchas.  
¡Válgate el diablo por tipló!)

ANA: Lo que me ordenó mi dueño,  
como acostumbro, he cumplido.  
Tiempo es de dar vuelta a casa.

FRANCISCO: Iré sirviéndoos.

ANA: No admito  
esa merced. Dios os guarde.

FRANCISCO: Y a vos, siendo yo el padrino,  
os canten epitalamios,  
aplausos y regocijos.

*Doña ANA se aparte de él y dice a  
BOCEGUILLAS*

ANA: Boceguillas, llega el coche  
y saca de él el vestido  
varonil; cortinas echa.

BOCEGUILLAS: ¡Jesús! De ti me santiguo.

*Vanse*

PETRONILA: Melchora, ¿que esto A mis ojos  
haya pasado y respiro?  
¿Esto yo misma he escuchado?  
¿Y estoy viva?

MELCHORA: ¿Qué hay perdido?  
Dos nos ruegan en que escojas  
don Gregorio y don Francisco;  
te pretenden y idolatran  
a pares como zarcillos.

PETRONILA: ¿Cuándo escogieron los celos?  
Abrásome, desatino.

*Salen don GREGORIO y MONTILLA*

GREGORIO: He de saber, ¡vive Dios!  
si soñando quimerizo,  
o son fantásticas sombras  
las que hospeda este distrito.  
¿Yo sin verla? ¿Yo cobarde?

MONTILLA: Porque me fuerzas te sigo  
con más miedo que vergüenza.

GREGORIO: ¿No es ésta?

*Temblando*

MONTILLA: Sí, señor mío  
con otra para el lacayo.  
Sobre calaveras piso.

GREGORIO: ¡Alma! ¡Fantasma! ¡Embeleco,  
o lo que sois! Yo imagino  
que burlas vuestras...

PETRONILA: ¿Qué es esto?  
Hombre, ¿estáis en vos?

*Sale doña ANA, de caballero, con la cruz, y  
BOCEGUILLAS*

ANA: Amigo,  
¿hallastes aquí a mi Greida?

FRANCISCO: Y en ella todo el prodigio  
de la discreción y gracia;  
¡qué de almíbar que os envidio!  
De padre os doy parabienes.

*Estos don [doña ANA y don FRANCISCO] a un  
lado*

GREGORIO: Yo tengo de descubriros.

PETRONILA: Yo notaros de grosero.

*Estos tres [don GREGORIO, doña PETRONILA, y  
MELCHORA] aparte*

ANA: ¿Y la cara?

FRANCISCO: Nunca quiso,  
mosteármela.

ANA: Era ya noche.

PETRONILA: Don Gregorio, si el jüicio,  
como la salud, no os falta,  
advertid que habrá castigos  
a desenvolturas vuestras.

*Porfiando descubrirlas*

MELCHORA: Aquí de los comedidos.

*A voces*

¡Caballeros! ¡Ah, señores!

*Descúbrelas. Júntanse  
todos*

ANA: ¿Qué es esto?

*A doña ANA*

GREGORIO: Ya yo adivino  
la causa de estas quimeras:  
puerta me abrió el laberinto.  
Vos, don Gómez, más que diestro,  
venturoso o atrevido,  
que el acero en una venta  
osastes medir conmigo,  
del otro mundo buscáis  
embelecos y artificios  
que; mi amor desazonando,  
os excusen de peligros;  
pero no os valdrán agora.

*Saca la espada*

ANA: Aquí soy lo que allá he sido.

*Desnuda la suya*

FRANCISCO: Doña Petronila, ¿vos aquí?

*A MELCHORA*

BOCEGUILLAS: Y tú, ¿sales del Limbo?

MONTILLA: ¿Quién te vistió de alma en pena,



Melchora?

BOCEGUILLAS: De eso poquito;  
que yo solo me enmelchoro,

MONTILLA: Pues, mandilón, ¿tú conmigo?

PETRONILA: Mataos todos y vengadme  
los tres de vosotros mismos,  
que a todos os aborrezco;  
todos me babéis ofendido.

FRANCISCO: Yo a vos, ¿en qué?

PETRONILA: En ser mudable.

ANA: ¿Y yo?

PETRONILA: Vos, por fermentido,

*A don GREGORIO*

como vos en ser grosero.

*A los lacayos [BOCEGUILLAS y MONTILLA]*

MELCHORA: Y los dos por gomecillos.

GREGORIO: Don Gómez, seguid mis pasos.

ANA: A atajároslos os sigo.

FRANCISCO: Yo tras vos.

PETRONILA: Y yo tras todos,  
que adoro lo que persigo.

*Vanse doña ANA, doña PETRONILA, don  
GREGORIO, y don FRANCISCO*

MONTILLA: ¿Y nosotros tres en raya?

BOCEGUILLAS: Dígalo Melchora.

*Al uno y al otro*

MELCHORA: Digo  
que de él no se me da un clavo,

y de él no se me da un pito.

## FIN DEL ACTO SEGUNDO

---

## ACTO TERCERO

---

*Salen doña ANA de galán, con la cruz,  
y BOCEGUILLAS*

ANA:           Quedamos, en fin, amigos  
                  interveniendo terceros.

BOCEGUILLAS: Nunca manchan los aceros  
                  pendencias en que hay testigos;  
                  mas ¿tienes seguridad  
                  de amistad reconciliada?

ANA:           La suya es la interesada;  
                  pues ya, sin dificultad  
                  de mi venganza y mis celos,  
                  ni la muerte he de pedirle  
                  de mi hermana, ni impedirle  
                  la que causa sus desvelos.  
                  Hase informado que estoy  
                  con doña Greida casado.

BOCEGUILLAS: ¡De sí mismo enamorado!  
                  Ayer don Gómez, Greida hoy;  
                  que lo crea no es gran cosa;  
                  pero ¿esto en qué ha de parar?

ANA:           En que no se ha de casar  
                  con la Petronila hermosa.

BOCEGUILLAS: ¿Y la amistad?

ANA:                       ¡Qué sé yo!  
                  No me apures tantas veces.

BOCEGUILLAS: Aqueso es volver las nueces  
al cántaro. ¿Por qué no?

ANA: Porque en el alma he sentido  
no lograrle mi cuñado;  
don Gregorio, en lo aliñado,  
lo bizarro, lo entendido,  
no admite comparación.  
¡Oh, si doña Ana viviera  
y esposa suya se viera,  
qué proporcionada unión!

BOCEGUILLA: No te entenderá un Pasquín;  
despachábale tu herida  
o a la posta, o a la brida,  
al infierno; sano, en fin,  
disfrázaste en alma en pena  
porque le mate tu espanto,  
¿y agora le quieres tanto?

ANA: Cuanto más se me enajena,  
más sus diversiones siento.

BOCEGUILLAS: Constrúyate el Anticristo.

ANA: Mira, celos son un mixto  
de amor y aborrecimiento.

BOCEGUILLAS: ¿Amor tú? ¿Por qué, siendo hombre?  
¿Celos? ¿Por qué, no mujer?

ANA: Yo llegué tanto a querer  
la difunta, no te asombre,  
que aún está viva mi hermana  
en mí y muerto en ella estoy.  
Ten por sin duda que soy  
más que don Gómez doña Ana;  
pues si amor nos encadena,  
¿ya de qué te admirarás?

BOCEGUILLAS: Agora te juzgo más  
que la otra vez alma en pena.

*Sale don GREGORIO*

GREGORIO: Si tiene algo de fineza,  
don Gómez, el visitaros

y por la mano ganaros  
en esto, para firmeza  
de nuestra nueva amistad,  
sírvaos de satisfacción  
que tengo en el corazón,  
en el alma y voluntad  
cuanto os afirman los labios.

ANA: No fuérades vos, señor,  
tan noble, si ese favor,  
(ya se olvidaron agravios)      Aparte  
las ventajas no me hiciera  
que de vos mi pecho fía;  
y podrá ser que algún día,  
(¡ojalá el presente fuera!)      Aparte  
conozcáis lo que deseo  
serviros.

BOCEGUILLAS:      (Ello dirá.)      Aparte

GREGORIO: Si a la experiencia se da  
crédito, ya en vos lo veo.

ANA: Pues no lo digáis en vano,  
porque me oso blasonar  
que no os habéis de casar  
si no fuere por mi mano.

GREGORIO: Eso es doblarme venturas.

ANA: Cualquier difícil amante  
necesita de un trinchante,  
que amor todo es coyunturas,  
y si una vez las erráis  
nunca acertaréis con ellas.

GREGORIO: No imagino yo perdellas  
si vos me las sazonáis,  
porque, ¿con qué no saldréis  
si con la invención salistes  
a que ayer me persuadistes?  
Notable sois; no creeréis  
cuán, por sin duda, os juzgué  
espíritu de doña Ana.

ANA: ¿Cómo es eso?

GREGORIO: En sombra humana  
su alma misma imaginé

que a darme quejas venía.

ANA: No os entiendo.

GREGORIO: ¿Cómo no?

ANA: Don Gregorio, nunca yo  
tuviera tanta osadía  
que el papel de un alma hiciese  
que está gozando de Dios;  
pero ¿visteis algo vos  
que mi hermana os pareciese?

Porque, si he de hablar verdad  
refiriéndoos lo que pasa,  
las más noches en mi casa,  
apenas la obscuridad  
mata las roces al sueño,  
cuando una voz lastimosa  
nos despierta querrellosa,  
al principio con pequeño  
estrépito; mas después,  
con cadenas, con gemidos,  
nos atruena los oídos,  
sin que hasta hoy sepa lo que es.

Mudé posadas creyendo  
que era duende lo que os digo;  
pero mudóse conmigo  
con sus cadenas y estruendo.

GREGORIO: ¿Qué decís?

ANA: ¿Qué? Boceguillas,  
cuenta tú lo que ha pasado,  
pues, como yo, lo has lastado.

BOCEGUILLAS: Contaréle maravillas  
a vuestro gusto que le obliguen  
a santiguarse. Antenoche  
sentí en el desván un coche  
a quien seis jayanes siguen  
arrastrando seis capuces  
con hachas de cera pez,  
dando aullidos cada vez  
que se apagaban las luces;  
tras todos, de un blanco velo  
cubierto un cuerpo miré,

tan alto, que imaginé  
que desollinaba el cielo;  
gemía de cuando en cuando  
cual si de parto estuviera;  
bajaron por la escalera  
seis cadenas arrastrando,  
y entraron en mi aposento  
sin perdonar escondrijo;  
entonces un jayán dijo,  
"Éste, que roncando siento,  
y se llama Boceguillas,  
sirve a su amo de trainel;  
a la pelota con él  
juguemos." Yo, de rodillas,  
dije, "Si del Purgatorio  
sois, ¿qué mal os hice yo?"  
Y el alma me respondió,  
"Anda y dile a don Gregorio  
que pena por él doña Ana,  
porque si luego le avisas  
que diga por mí mil misas,  
me iré a los cielos mañana."  
Tarde es; mas ya se lo digo.

GREGORIO: ¿Eso puédesse creer?

ANA: ¡Oh! Si llegáis a saber  
lo que ha pasado conmigo,  
mi crédito haré dudoso.

GREGORIO: Al punto mando decir  
las misas por no impedir  
su descanso.

ANA: Sois piadoso.

GREGORIO: ¡Por Dios! que anoche creí,  
don Gómez, que érades vos,  
cuando reñimos los dos;  
porque como luego os vi  
en el traje que ahora estáis  
y mis sucesos sabéis,  
con la fama que tenéis  
de las burlas que inventáis,  
dije, "¿Este mozo me incita

para otro riesgo segundo  
con cosas del otro mundo?"

ANA: Nunca el cielo tal permita;  
los sufragios que os exhorta  
se hagan por ella mañana;  
porque, difunta mi hermana  
y en el cielo, ¿qué la importa  
que sea vuestra esposa o no  
doña Petronila?

BOCEGUILLAS: Poco.

GREGORIO: Tendréisme con eso loco.

ANA: Otro estorbo temo yo  
que es harto más importante  
entre vos y vuestra dama.

GREGORIO: ¿Cuál es?

ANA: Don Gómez se llama,  
primo, galán, estudiante  
y, sobre todo, bien visto  
de la que es con vos crüel.

GREGORIO: Algo me han contado de él.

ANA: Matémosle.

BOCEGUILLAS: (¡Vive Cristo! Aparte  
que no es posible que sea  
sino engendrado a jirones  
de embelecos y invenciones  
este tiple taracea.)

GREGORIO: Pues él ¿en qué os ha ofendido?

ANA: En el nombre lo primero,  
puesto que Portocarrero,  
en que se haya entremetido,  
mandón de la que os abrasa  
tanto, que podéis temer  
que este primo se ha de hacer  
primogénito de casa  
en que su traje molesta  
a todos; pues al instante  
que un zafio ve a un estudiante,  
dice, "daca la ballesta,"  
en que compita con vos  
y aumente vuestros desvelos.

GREGORIO: ¿Mas si tuviédes celos  
de él?

ANA: ¿Yo celos? Bien, por Dios;  
como de mí.

GREGORIO: ¿Negaréisme  
que no amáis a la que adoro?

ANA: ¿Yo? Como al rejón el toro.  
Don Gregorio, amigo, ¿veisme?  
Pues a fe de caballero  
que os amo más mucho a vos  
que a esa dama y a otras dos.  
La amistad es lo primero;  
desde que nos conformamos  
sois dueño de mis acciones;  
fuera, si, de obligaciones  
que, si nos comunicamos,  
sabréis.

GREGORIO: Ya me han referido  
de no sé qué Greida.

ANA: ¿Quién?

GREGORIO: Que os quiere y le queréis bien.

ANA: ¡Por Dios! ¿Qué, lo habéis sabido?  
Pues yo os juro que es de suerte  
lo que está conmigo unida  
que nos alienta una vida  
y nos espera una muerte.

BOCEGUILLAS: (En esto no hay solecismo, Aparte  
pero hay infinito enredo.)

GREGORIO: Confiado habláis.

ANA: Y puedo  
del modo que de mí mismo.  
Volvamos al estudiante  
que ha de morir. ¡Vive Dios!  
Por mí, cuando no por vos.

GREGORIO: ¿De qué suerte?

ANA: Es él rondante  
y espadachín cuantas noches  
llama el silencio al reposo,  
y en extremo tan celoso,  
que en la calle cuantos coches



pasan ha de registrar,  
cuanto aventurero andante,  
que, aunque al tal primo estudiante,  
vuestra dama dé lugar  
y entrada cuando es de día,  
de noche no, que su puerta  
para ninguno está abierta;  
puesto, aunque es malicia mía,  
que asistente en una reja  
las más le sale a escuchar,  
y con él suele hablar  
hasta que al indio el sol deja;  
hánmelo mentido así  
y es bien que lo averigüemos;  
la siguiente, pues, iremos,  
y si le hallamos allí,  
acabaremos con él;  
si no, os habéis de fingir  
don Gómez, y hacer salir  
la dama, creyendo es él;  
que con la seña engañada  
al instante acudirá,  
y allí vuestro amor sabrá  
si está del primo prendada,  
para que con causa justa  
de tramoyas os venguéis.

GREGORIO: Las cosas que proponéis  
son extrañas; mas, pues gusta  
vuestra amistad, no hay en mí  
dificultad.

ANA: A las dos  
os espero.

GREGORIO: Amigo, adiós.

ANA: ¿Queda esto así?

GREGORIO: Quede así.

*Vase don GREGORIO*

BOCEGUILLAS: ¿Estás harto de tejer

marañas? ¿Sóbrate estambre  
para otras? ¿Tú de ti mismo,  
dama, maltés, estudiante?  
¿Tú, contigo compitiendo,  
a ti mismo has de buscarte?  
¿A ti mismo perseguirte  
porque a ti mismo te mates?  
¿Qué habemos de sacar de esto?

ANA:       Boceguillas, pues no sabes  
mis fines, no los censures.

BOCEGUILLAS: Ya estoy en que me mandaste  
oír y ver y callar;  
oigo y veo, que esto es fácil,  
pero querer que en el golfo  
de tanto embeleco calle,  
es poner al campo puertas.

*Sale MELCHORA con manto*

MELCHORA:   Señor don Gómez, Dios guarde  
a vuesa merced.

ANA:                ¡Melchóra!  
¿Adónde bueno?

MELCHORA:        A buscarle.  
"Mensajera sois, amiga,"  
etcétera. El corretaje  
que traigo, no pide partes;  
mándame a que le cante,  
mi señora, o que le rece,  
lo antiguo de aquel romance,  
"Mira, Zaide, que te aviso  
que no pases por mi calle,  
ni mires a mis ventanas  
ni..." Ya sabrá lo restante.  
Vuesa merced, represente  
el papel del dicho Zaide;  
porque está, si no lo cumple,  
a peligro que le maten,  
o que sepa la justicia

sus mujeriles disfraces  
siendo hombre, y tan para hombre  
que diz que le llaman padre  
o taita Cristobalitos  
y Greidas que le desmanchen.  
Mi sá doña Petronila  
acaba ahora de sacarse  
la muela que le ha dolido,  
si no mucho, lo bastante,  
siendo el gatillo sus celos;  
y, si bien escupe sangre,  
hay Franciscos y Gregorios  
con que sus penas enjuague.  
Está en duda con cuál de ellos  
brevemente se entalame,  
y hay consulta de parientes  
en nuestra casa esta tarde;  
teme que se la alborote,  
y en mujer tan importante  
ya verá lo que se arriesga  
con el más mínimo achaque.  
Dije, y voyme..Adiós, seor mío.

ANA: No has de irte sin que te pague,  
Melchora, tan buenas nuevas;  
será el premio este diamante.

*Dásele*

¡Gracias a Dios que saldremos  
de empeños en que a engolfarme  
me llevaban, agua arriba,  
obligaciones tan grandes!  
¡Qué discreta es tu señora!  
Con cualquiera que se case  
de los dos, tan mis amigos,  
hallará dichas iguales  
que den envidia a esta corte,  
y yo excusaré desaires,  
si a Cristóbal legitimo,

que está temiendo su madre.

Dila esto, y adiós.

MELCHORA: ¡Tan seco!

¡Jesús! ¡Don Gómez! ¡Tan grave!

¿Vuesasted la quiso bien?

ANA: Pues ¿qué he de hacer?

MELCHORA: ¿Qué? Colgarse

de una viga; dar suspiros

que un neblí no los alcance;

retar, celoso, a Zamora.

ANA: Eso, amiga, solía usarse

en farsas matusalenas;

no hallan celos ya a quién maten;

está muy cristiano amor

y tiembla de condenarse

si loco se desespera.

Vete, y dila de mi parte

que la doy mil parabienes.

MELCHORA: Pues, mire, por más que trague

hacia adentro sentimientos

y disimule pesares,

yo sé que tiene el pechito

con más agujas que un sastre.

Vaya allá vuesa merced,

pero no le diga a nadie

que yo le di tal consejo,

porque, así Dios me depare

marido que me merezca,

que me ha mandado que llame,

mi señora, deudos suyos

que en casa han de convocarse

para lo que le refiero.

ANA: Pues ¿qué quieres, si a intimarme

que no vaya allá te envía?

MELCHORA: ¡Jesús! ¿Pues eso cree? Calle.

¿Luego ignora que en los celos

son mizes todos los zapes?

Vaya luego allá, y adiós.

*Vase MELCHORA*

ANA: ¿Qué dices de esto?

BOCEGUILLAS: Que acabes  
con todos: o dentro o fuera.

ANA: Don Francisco ha de casarse  
con ella, o yo no ser hombre.

BOCEGUILLAS: Pues ¿agora no acabaste  
de decir a don Gregorio  
que te busque y que te mate  
porque su dama se quede  
sin estorbos que la embarguen?  
Pues ¿cómo impedirle puedes  
que este otro agora se case,  
si para entrar en su casa  
tienes peligros tan grandes?  
Pues sus deudos, también dijo  
Melchora que han de matarte  
si entrar con ella te ven,  
conque por ninguna parte  
hay puerta para tu enredo,  
aunque más máquinas halles.

ANA: Dije, y tengo de cumplirlo.  
¿Dudas tú que a mí me falten  
medios con que entrarla a ver  
y mis cautelas la engañen?  
Allá he de entrar luego al punto.

BOCEGUILLAS: Luego, ¿los dos han de darle  
la mano a la Petronila?  
¿Con los maridos a pares?

ANA: Seránlo a pares, o a nones.

BOCEGUILLAS: Y, hecho el dicho maridaje  
imposible, ¿con quién piensas  
casar tú?

ANA: Contigo.

BOCEGUILLAS: ¡Zape!

ANA: Boceguillas, lo del alma  
en pena me es importante  
que se apoye.

BOCEGUILLAS: ¿De qué suerte?

ANA: Escúchalo. ¿Tú no sabes  
dónde el don Gregorio vive?

BOCEGUILLAS: ¡Lindamente, barrio y calle!

ANA: ¿Tiene en casa otros vecinos?

BOCEGUILLAS: Pienso que ayer vi mudarse  
los que en el cuarto de arriba  
moraban.

ANA: Si se quedase  
vacío, fuera esta suerte  
de mi sutileza examen.  
Anda, vamos a saberlo.

BOCEGUILLAS: Pues ¿qué tenemos?

ANA: Donaires  
que me saquen venturoso.

BOCEGUILLAS: ¡Oh, casa de los orates!

*Vanse. Salen doña PETRONILA, don FRANCISCO y  
don GREGORIO*

PETRONILA: Digo, pues, señores míos,  
que, sin consultar consejos  
de mis deudos, aunque viejos,  
primos, parientes y tíos,  
no tiene mi elección bríos  
para ponerme en estado;  
para esto los he llamado,  
las muchas partes propuesto  
de los dos; y según esto,  
libré en ellos mi cuidado.

Los bien nacidos pleitean  
como tales a lo igual,  
litigan al tribunal;  
pero siempre que se vean  
es justo que amigos sean;  
que yo, en habiendo quistión  
que cause murmuración,  
desde luego les intimo  
que más que el casarme estimo  
mi fama y reputación.

GREGORIO: Sois tan cuerda, mi señora,  
que yo convencido quedo  
y las ventajas le cedo  
a mi opuesto desde agora;  
vuestra suerte se mejora  
en empleos de su amor,  
y yo, que de su valor,  
aunque parte, soy testigo,  
le quiero más para amigo  
que para competidor.

FRANCISCO: Discreción y bizarría  
airosamente juntáis;  
mas no es bien que me vengáis,  
amigo, en la cortesía:  
yo os renuncio la acción mía,  
que amor que obliga beldades  
no funda felicidades  
la vez que elige mujeres  
en ajenos pareceres,  
sino en propias voluntades.

Esta señora os la tiene,  
sus ojos la muestra os dan,  
dejáis por ella a Milán,  
y quien de tan lejos viene  
no es justo que se enajene  
de prenda que suya fue.  
Yo, que muerto la causé  
llantos que quiero debella,  
volviendo a morir por ella  
la plaza os despejaré.

PETRONILA: ¿Finezas entre los dos  
a mi costa, caballeros?  
¿De qué podéis ofenderos  
vos, don Gregorio? ¿Ni vos?  
Soy noble; no quiera Dios  
que me resuelva arrojada  
a cosa...

*Dentro*

ANA:                    ¡Y á la cuajada!

PETRONILA:   ...que al mundo dé qué decir,  
pues yo no os he de elegir  
a deudos subordinada.  
    ¿Por qué el uso no desprecio?  
¿Por qué a los dos no os admito?  
¡Por qué mi estado remito  
a quien haga de él aprecio?  
Reparad que es caso recio  
el de esa resolución,  
cuando en vuestra discreción,  
en fe de tan estimada,  
me fio.

*Sale doña ANA de cuajadera; toca de rebozo  
hasta la nariz, sombrero, mangas y fundillas blancas; enaguas de  
cotonía; devantal, con pliegues, blanco; una olla de cobre  
en una cesta, cubierta con unos manteles que lleva en una mano, y  
en la otra un cucharón de hierro*

ANA:                    ¡Y a la cuajada!

¡Válgale la maldición!

    ¿Han visto cuál se me atreve?  
No hay escolar más molesto  
en todo Madrid.

PETRONILA:            ¿Qué es esto?

ANA:                ¿Esto? Éntrome acá, que llueve.

PETRONILA:        ¿Qué queréis?

ANA:                    No se apitone.  
Un demonio de estudiante,  
que siempre lo hallo delante,  
de suerte se descompone  
    por dondequiera que paso  
con pellizcos, con locuras,  
malicias, desenvolturas,  
que, aunque de ellas no hago caso,  
    me ha obligado a que huya de él



y me éntre sin ton ni son  
en su casa de rondón.

PETRONILA: ¿Estudiante es?

ANA: Es la piel  
del diablo, que le engendró.  
no me deja a sol ni a sombra.

PETRONILA: ¿Sabéis vos cómo se nombra?

ANA: Un su mozo le llamó,  
porque otro lo pescudaba,  
don Gomia Porchocarrero.

PETRONILA: Don Gómez Portocarrero  
diréis.

ANA: Sí; despacio estaba.  
la moza para estodiar  
si es don Gómez, Gazmio o rollo.

PETRONILA: Mi primo es.

ANA: Pues si es su pollo,  
calcilla le puede echar.  
¿Quiere vuesasted cuajada  
para aquestos caballeros?

PETRONILA: ¡Buena merienda!

ANA: Sin sueros,  
limpia, fresca y sazonada;  
más dulce es que una conserva;  
al azúcar la aventajo;  
pruébela, que no es de cuajo;  
a fe mía que es de hierba.

*Saca una cucharada*

Aunque esas manos, que pellas  
son de nieve en el color,  
venden cuajada mejor;  
comerse puede tras ellas  
las suyas un capitán.

*Tómaselas*

PETRONILA: ¡Aduladora!

ANA: A ver. Llegue.

A fe que no es su jalbegue  
de almendras ni solimán.

¿Con qué se las lava? ¡Rara  
blancura? Amor, tú dirás  
que lleve el diablo lo más  
con un poco de agua clara.

PETRONILA: Entre grosero y pulido.

sabéis aliñar primores.

¿Visteis vosotros mejores  
ojos?

ANA: No son lo que han sido.

FRANCISCO: Airosa es la cuajadera.

GREGORIO: Corred la cortina o toca

que nos priva de la boca.

ANA: Por otro tanto me diera

su sotana el estudiante;

no la hallara con sazón;

atrevióse el neguijón

a uno de éstos de delante.

Libre el cielo los que en vos  
guarnece de carmesi.

*A doña PETRONILA aparte*

Écheme a los dos de aquí,  
que tengo que hablarla.

*A todos*

Adiós,

que pierdo tiempo y es tarde.

¡Y a la cuajada...!

PETRONILA: Esperad.

Licencia los dos me dad.

GREGORIO: Dios, bella señora, os guarde

para que mucho os logréis

con la prenda que os mereeé.

PETRONILA: Si a mis deudos os parece  
que es bien que sobre esto habléis,  
miradlo; y cada cual crea  
que, sin hacer distinción  
de entrambos, mi inclinación  
acertar sólo desea.

GREGORIO: No sé en eso lo que os diga,

*Vase*

FRANCISCO: Tampoco dichoso soy,  
que por exclusivo me doy.

*Vase*

PETRONILA: ¿Yo qué he de hacer, pues, amiga?

¿Qué hay de nuevo?

ANA: Que acabemos  
con celos y impertinencias.

*Quita la toca, desnuda lo de mujer trae la espada  
debajo del vestido, a la espaldas, atada con el tahalí,  
queda en cuerpo, como hombre; saca de la cesta la capa y la  
guarnición de la espada, que es de tornillo*

PETRONILA: ¡Jesús! ¿Hay tal osadía?

ANA: No ha sido ésta la primera  
en que tus desconfianzas  
la vida y gustos me arriesgan;  
tu condición es terrible.  
Melchora, sal acá afuera;  
desnúdame de estas burlas  
para que hablemos de veras.

*Sale MELCHORA*

PETRONILA: Pues ¿qué dirán los que entraren  
cuando aquí en cuerpo te vean?

ANA: Veránme en cuerpo y en alma  
andar por tu causa en pena.

*Desnudándola Melchora tiente la espada a las  
espaldas*

MELCHORA: ¿Qué es esto duro?

ANA: La espada.

MELCHORA: ¿La espada? ¿Quién tal creyera,  
ingenioso embelequista?

ANA: Melchora, amor que no inventa  
no vale dos caracoles.

*Pone a la espada la guarnición,  
ciñésela; pónese el sombrero que trujo, y  
queda galán con la cruz al pecho*

MELCHORA: Cada día hay cosas nuevas.  
¿Y la guarnición, la capa,  
con lo demás?

ANA: Esa cesta  
me sirvió de guardarropa.

PETRONILA: ¡Buena cuajada!

ANA: Y tan buena,  
que ha de cuajar mis venturas.

*A MELCHORA*

Allá esos vestidos entra,  
llevarálos mi criado.

PETRONILA: ¿A quién?

ANA: A una esclava negra  
de mi huésped.

MELCHORA:               Cotonías  
son la gala de Guinea.

*Mete MELCHORA todo lo demás de este embeleco  
y vase*

ANA:           Agora, pues, mi enojada,  
que no hay disfraces que temas,  
¿sobre qué es la pesadumbre?  
¿en qué estriban, tus ofensas?

PETRONILA:   Que tal oses preguntarme,  
¿llamárelo desvergüenza?

ANA:           Pues ¿qué he hecho yo contra ti?

PETRONILA:   ¿No es nada, la doña Greida  
para esposa apalabrada  
cuando arrimes la encomienda,  
y el señor Cristobalico  
que legitimes?

ANA:                       ¿Quisieras,  
mi bien, tú, que antes de verte,  
entre hechicero y profeta,  
adivinara en Italia  
mi ventura y tu belleza,  
y a pesar de lindas brides  
conservara su entereza  
el caballero del sol,  
reservado a la princesa  
Claridiana o Clariluna?  
Antes es bien que agradezcas  
certidumbres que te saquen  
de malicias que me afrentan.

PETRONILA:   ¿Qué malicias?

ANA:                       Las escritas  
en la carta de la venta  
que me llaman mutilado:  
ni bien hombre, ni bien hembra.

PETRONILA:   ¡Qué a la cara me han salido,  
don Gómez, aunque lo sienta;  
lo que es más que imaginable!

En casarme estoy resuelta  
con don Gregorio mañana.

ANA:           ¿Con quién?

PETRONILA:           Ha de ser por fuerza.  
No te canses.

ANA:                    Muchas horas  
hay que entre esta noche median  
y mañana para hacer  
que se acabe la tarea  
en Viveros comenzada.  
Veráste antes que amanezca  
viuda; prevén luto y tocas,  
y adiós para siempre.

*Hace que se va*

PETRONILA:            Espera.  
¿No sois ya los dos amigos?

ANA:            ¡Gentil amistad!

PETRONILA:            No sea  
con él, pues lo sientes tanto;  
don Francisco te agradezca  
la mano que de mi parte  
puedes ofrecerle.

ANA:                    En ésa  
pongo yo el alma y los labios:

*Bésasela*

tal valor para tal prenda.

*Muy enojada*

PETRONILA:    Pues, ¡ingrato, fementido,  
engañamundos, no creas  
que del uno ni del otro,  
si hoy con la vida te dejan,

logre su amor esperanzas!  
¿Han visto que sin dar muestra  
de un pesar, aunque fingido,  
la mano el traidor me besa?  
¡Vete, falso a tu italiana!  
Palabras la desempeña;  
su bastardo legitima;  
pero, con tal que no vuelvas  
a esta calle ni a esta casa,  
que, si su umbral atraviesas,  
a un tiempo han de celebrarse  
mis bodas y tus obsequias.

ANA:       Eso sí, mi Petronila.  
¡Cuerpo de tal! Pique, escueza.  
Sepamos cuál de los dos  
trae más fina la pimienta.  
¡Qué villanos siempre han sido  
los celos! Si no se vengan  
de aquellos que más adoran,  
juzgan su amor por afrenta.  
¡Ea, pelillos a la mar!

*Muy tierna*

Celos me diste que queman,  
celos te he dado que abrasan,  
servido nos han de leña;  
pues la brasa se ha encendido  
a que el amor se calienta  
y humo los celos se llaman,  
echemos el humo fuera.  
Yo te adoro--¡el cielo vive!  
Si no bastan para prueba  
de esta verdad los disfraces,  
ya dama, ya cuajadera,  
ya doña Ana, ya don Gómez,  
ya estudiante, ya alma en pena,  
¿qué ha de bastar?

*Sale MELCHORA*

MELCHORA: Yo, señora,  
que he sabido, en mi conciencia,  
que ni duerme el pobrecito  
por ti, ni come, ni cena.  
Si el bien se nos entra en casa,  
¿qué diablos es lo que esperas?  
Mira qué talle de alcorza;  
mira qué cara de perlas.  
Acaba, dale esa mano.

*Finge doña ANA que llora*

PETRONILA: ¿Qué es eso? ¿Lloráis?

ANA: Me aprietan  
congojas no se si el alma.  
No con vos crédito pierda  
mi valor, que no es cobarde;  
quien guarda para la guerra  
las manos, y para un susto  
de amor los ojos y lengua.

PETRONILA: ¿Pues la Greida?

ANA: Casaráse  
con otro dándola hacienda  
suficiente; pues me excusa  
esta cruz, que no dispensa  
tálamos embarazosos.

PETRONILA: ¿Y el Cristóbal?

ANA: Su nobleza  
le sirva de patrimonio.

MELCHORA: Si es natural, no es afrenta.

ANA: Echará, si se lograre,  
por las armas o la iglesia.

PETRONILA: Si esa cruz, pues, os impide  
lazos lícitos con ella,  
¿cómo podréis ser mi esposo?

ANA: Para la otra es cruz profesa;



pero para vos, novicia.

PETRONILA: Ahora bien. Templad tristezas  
y infórmeme yo, entretanto,  
de cosas que es justo sepa  
para asegurar temores.

ANA: ¿Qué plazo asignáis?

PETRONILA: Abrevian  
los deseos, cuando abrasan,  
dilaciones que atormentan.

ANA: Comerme quiero esta mano  
a besos.

*Tómala la mano*

MELCHORA: No se la beba,  
que es de nieve y le hará mal.

ANA: Pues ¿cómo abrasa si nieva?

*Muérdesela*

[PETRONILA: ¡Ay! Bellaco sois, don Gómez.

MELCHORA: ¡Quedito! Señor, no muerda.

PETRONILA: Hechizo mío así sean  
todos los hombres.

ANA: Envidia  
corazón, labios y lengua.]

*Vanse todos. Salen don GREGORIO y*

*MONTILLA*

GREGORIO: ¿Qué hora es?

MONTILLA: Todo el cahiz  
conté menos una hanega.

GREGORIO: Si un desengaño sosiega,  
quien los admite es feliz.

Pensé esta noche rondar  
a mi ingrata; ya no quiero.

MONTILLA: Rondela el Portocarrero  
y--¡alto señor!--a acostar.

GREGORIO: Viva el dichoso estudiante,  
pues sus intentos logró.  
¿Por qué he de matarle yo  
si el paso me echó adelante?  
Venme a desnudar, Montilla.

MONTILLA: ¡Gracias a Dios que una vez  
le hallo cuerdo! El almirez  
nos despierte, campanilla  
de todo poltrón galán.

GREGORIO: No, Madrid, en ti más llamas.

MONTILLA: ¡Fuego de Cristo en sus damas!

GREGORIO: Luego me vuelvo a Milán.

*Vanse. Sale doña ANA, de hombre, y  
BOGEGUILLAS*

BOGEGUILLAS: Tu ingenio se me ha pegado.

ANA: ¿Cómo?

BOGEGUILLAS: Díjele al casero  
que quería un caballero,  
a Madrid recién llegado,  
ver el cuarto que alquilaba,  
porque, en saliendo contento,  
sería tu alojamiento;  
y él, aunque lo deseaba,  
por no sé qué ocupación,  
respondió que hasta otro día  
mostrármelo no podía.  
Dile entonces un doblón  
redondo, divina salsa  
que a todos los gustos sabe,  
fióme al punto la llave  
y entré por la puerta falsa  
sin que nadie me sintiese,  
metí cadenas y grillos  
que ha de pasmar al oíllos  
el tal--¡oh, si ya durmiese!--  
y dite aviso al momento.

ANA: Comiéncese, pues, la esgrima.

BOCEGUILLAS: Estas piezas caen encima  
de su cama y aposento;  
a acostarse iban agora,  
que yo los vi diligente  
desde aquí.

ANA: Un convaleciente  
mejor duerme que enamora.  
¡Gentil modo de matar  
al estudiante!

BOCEGUILLAS: Una herida  
teme otra, y no hay mejor vida  
que vivir.

ANA: Vuelve a mirar  
si se han traspuesto los dos.

BOCEGUILLAS: ¿Por dónde?

ANA: Esa cuadra acecha.

*Acéchalos*

BOCEGUILLAS: Roncando, los soplos echa  
de a legua y media. ¡Por Dios,  
que es treinta Alcaldes Ronquillos.

ANA: Alto, pues, no lo dilates.

BOCEGUILLAS: ¿Qué falta?

ANA: Que la luz mates  
y anden los ayes y grillos.

BOCEGUILLAS: De mí mismo tengo miedo.

ANA: Vaya.

BOCEGUILLAS: Aquí empieza la historia.

*Étranse, y allá dentro arrastran  
cadenas, con ayes y todo estrépito*

ANA: ¡Ay, que me impide la gloria  
un ingrato!

BOCEGUILLAS: ¡Ay, que no puedo  
salir, por él, de las penas  
inmensas del Purgatorio!

ANA: ¡Ay, remiso don Gregorio!

BOCEGUILLAS: ¡Ay, Montilla!

*En calzoncillos y camisa MONTILLA, con vestidos,  
sábanas y mantas a cuestras*

MONTILLA: Mil cadenas  
siento que vienen tras mí;  
y mil demonios con ellas  
dando aullidos y querellas.

BOCEGUILLAS: ¡Ay, que me abraso!

ANA: ¡Ay de mí!

MONTILLA: Conjúrote por el Credo  
menos el Poncio Pilotos.

ANA: ¡Ay, hombres de viles tratos!

MONTILLA: Algalia sudo de miedo.  
¿Qué me quieres, aullador?

BOCEGUILLAS: Misas.

MONTILLA: ¿Soy yo San Gregorio?  
¿He arrendado el purgatorio?  
¿Fui yo acaso colector?

*Sale don GREGORIO, en jubón y calzoncillos,  
con la espada desnuda*

GREGORIO: ¿Qué calabozos se pasan  
desde el infierno a este puesto?  
¿Montilla?

MONTILLA: ¡Señor!

GREGORIO: ¿Qué es esto?

MONTILLA: ¡El Juicio!

ANA: ¡Ay! ¡Que me abrazan  
llamas sin luz invisibles!  
¿Por qué en mis penas no avisas?

GREGORIO: Visiones, ¿qué queréis?

LOS DOS: Misas

GREGORIO: Yo os prometo las posibles.

*A voces lastimadas. Mucho estruendo*

ANA:           Mientras que en el purgatorio  
                  esté, porque tú lo quieres,  
                  tener sosiego no esperes  
                  ni casarte, don Gregorio.

GREGORIO:    ¡Sombras, que os juzgo infernales!  
                  No os he de tener temor.  
                  Quita.

MONTILLA:     ¿Dónde vas, señor?

*Hace cuchilladas al aire*

GREGORIO:    ¿Qué sé yo?

MONTILLA:     No son mortales  
                  los que aúllan, sino sombras  
                  de azufre y hierro cargadas;  
                  ¿de qué sirven cuchilladas?

GREGORIO:    Quédate tú, que te asombras;  
                  subiré al cuarto de arriba,  
                  que en mí el espanto no cabe.

MONTILLA:    Si está la puerta con llave  
                  sin persona que le viva  
                  por más que intentes, ¿qué harás?  
                  El diablo aquí te hospedó.

GREGORIO:    Pues, ¿qué he de hacer?

MONTILLA:     Lo que yo:  
                  afufallas.

GREGORIO:    ¿Dónde vas?

MONTILLA:    Voyme a la, caballeriza,  
                  refugio a todo lacayo  
                  donde jamás cayó rayo  
                  ni fantasma atemoriza,  
                  ni los riesgos ordinarios  
                  de vientos y terremotos;  
                  los rayos son muy devotos,  
                  que buscan los campanarios,  
                  palacios y galerías.

Acójome a estercolar  
el sueño.

*Vase*

GREGORIO: Si han de durar;  
hasta que alumbren los días,  
todas las noches espantos  
semejantes, sin dormir,  
mejor me estará salir  
y excusar estruendos tantos,  
no de temor; todo el techo  
se viene abajo.

*Se hace mucho ruido. Arriba los dos, doña ANA  
y BOCEGUILLAS, que se vean*

BOCEGUILLAS: Sí hará.

ANA: Boceguillas, bueno está;  
lucidamente lo has hecho.  
¡Alto, A la tal falsa puerta  
con todo el fantasma ajuar!

BOCEGUILLAS: Bien puedo representar  
diez almas.

ANA: No quede abierta  
la casa. Ven.

*Vanse*

GREGORIO: Saber quiero,  
pues por hoy no he de dormir,  
si a su dama va a asistir  
el primo Portocarrero  
y está a la reja admitido  
de quien conmigo es crüel.  
Podrá ser que vengue en él  
lo que en casa no he podido.

*Vase. Sale don FRANCISCO como de  
noche*

FRANCISCO: Esta vez, sospechas mías,  
he de ver si salís falsas,  
o el duplicado don Gómez  
con vil cautela me trata.  
He recelado que tiene  
como los nombres las caras,  
como el ingenio las obras,  
y que me usurpa a mi dama.  
En mis celos se deleita;  
en sus ojos se retrata,  
pues siempre en ellos he visto  
que sus niñas le agasajan.  
Si esto es así, lo que el día  
a las malicias recata,  
desquitarán por las noches  
cohechos de sus ventanas.  
Hagamos, pues, la experiencia.

*Rebozado don FRANCISCO y a la ventana  
MELCHORA*

MELCHORA: A nuestras puertas se para  
un hombre. ¿Si es el que espero?  
La noche está tan cerrada  
que diviso y no averiguo.  
¿Pero si no es el que aguarda  
el que las piedras nos cuenta?  
¡Eh, caballero! ¿Quién pasa?

*Aparte y luego a ella*

FRANCISCO: (Ya tenemos un indicio.)      Aparte

Don Gómez soy.

MELCHORA:                    ¡Acabara  
de hablar yo para otro jueves!  
Bien venido.

FRANCISCO:                (La criada            Aparte  
es ésta; mas ¿si se quieren  
los dos?)

MELCHORA:                Echóse en la cama  
por esperarle vestida  
habrá dos horas el ama.  
Dormilón es el don Gómez.

FRANCISCO:    No ha causado mi tardanza  
el sueño. Los pliegos fueron  
que he recibido de Italia.

MELCHORA:    ¡Qué de ello me debe, amigo!

FRANCISCO:    Vos escogeréis la paga  
a contento.

MELCHORA:                Se la tengo  
más que una cordera mansa;  
no la diga pesadumbres.

FRANCISCO:    ¿Yo, mi Melchora?

MELCHORA:                A llamarla  
voy; retírese allá afuera,  
que no sé a quién siento.

*Vase*

FRANCISCO:                (¡Ah, ingrata!    Aparte  
¿Para esto no hay llamar deudos  
que con vos consultas hagan?)

*Sale MONTILLA*

MONTILLA:    ¡Válgaos el diablo por pulgas!  
Peores sois que las almas.

*Pónese enfrente de la ventana*



No he podido pegar ojo.  
Mi dueño dejó la casa  
a sus huéspedes en pena,  
y como en las de amor anda,  
que puesto que las ignoro,  
las unas y otras abrasan,  
tendrá aquí su purgatorio.  
Oigan allí lo que pasa.  
Él es. ¿No lo dije yo?  
Rebózome la fachada,  
y sus querellas escucho.

*Rebózase*

FRANCISCO: Cogióme el puesto el que traza  
con embelecocos su muerte.  
Escuchemos en qué paran  
estos oscuros conciertos.

*Sale don GREGORIO, rebozado*

MONTILLA: Otro salió a la parada.  
GREGORIO: ¿Dos hombres junto a su puerta?  
El cuerpo lo hacen de guardia  
¡Vive Dios! Que he de saber  
quién son, o morir. ¿Quién pasa?

*A don FRANCISCO*

FRANCISCO: (Su mismo nombre me vengue.) Aparte  
¿Quién lo pregunta?  
GREGORIO: Quien anda  
buscando a cierta persona.

*Rebozados todos*

FRANCISCO: Don Gómez soy.

GREGORIO: ¿Y se llama  
Ávalos, Portocarrero  
o cómo?

FRANCISCO: Yo tengo entrambas  
noblezas y entrambos nombres.

MONTILLA: (Aquí comienza la danza.) Aparte

*Sale doña ANA, de hombre, y  
BOCEGUILLAS*

BOCEGUILLAS: Tres a tres los rondanditos.

ANA: Hacia esa esquina te aparta,  
y déjame a mí con ellos.

BOCEGUILLAS: ¡Qué lindo vocablo el hacia!

*Arrímase BOCEGUILLAS junto a MONTILLA sin  
verle*

ANA: En forma estáis de pendencia;  
mas no lo sufre la casa  
a cuyas puertas se forja,  
que miro yo por su fama.

*Se pone entre los dos, rebozada*

Servíos de mi cortesía  
y, con ella, de esta espada,  
sabiendo yo, si ser puede,  
cómo os llamáis los dos.

GREGORIO: Basta  
que vos lo pidáis así.  
Yo soy don Gómez.

ANA: ¿Quién?

MONTILLA: (¡Vaya! Aparte  
Ya tenemos dos don Gómez.)

FRANCISCO: El que eso finge os engaña,  
porque yo el don Gómez soy.

BOCEGUILLAS: (Jueguen, pues, al tres en raya.) Aparte

ANA: Adviertan vuestas mercedes  
que a la corte, desde Italia,  
y desde la cuna hasta ella  
ese nombre me acompaña.  
¿Tres don Gómez? ¿Qué apellido  
los guarnece?

BOCEGUILLAS: (¡Linda chanza!) Aparte

FRANCISCO: Yo soy Ávalos y luego  
Portocarrero.

ANA: ¡Oh, qué gracia!  
¿Y vuesa merced?

GREGORIO: También  
esos títulos se enlazan  
en mí con el de don Gómez.

ANA: No debe de ser sin causa  
el triunvirato Gomezio.

BOCEGUILLAS: ¿Quién va allá?

MONTILLA: ¡Zape!

BOCEGUILLAS: ¿Quién anda  
cedulón aquí de esquinas?

*Tópanse sin verse*

MONTILLA: Don Gómez.

BOCEGUILLAS: Tentad si es paja.  
Todo Madrid se gozmenia.

MONTILLA: Y él ¿quién es?

BOCEGUILLAS: Don Gómez.

MONTILLA: Maula;  
¿mas si llamase esta corte  
doñas Gozmas a sus dayfas?

ANA: Concluyamos, caballeros;  
no uséis mal de mi templanza:  
decid vuestros nombres propios.

MONTILLA: (Apostemos que son almas Aparte  
que tras don Gregorio vienen.)

*A doña ANA*

GREGORIO: A vuestro lado las armas  
os ofrezco con la vida.

*Júntanse*

ANA: ¡Oh, amigo! ¿Vos sois?

GREGORIO: Me sacan  
de mi casa y de mi seso  
visiones de vuestra hermana.

ANA: ¿Veislo? ¿No os lo dije yo?  
Pues, ¿qué ha sido?

GREGORIO: Es cosa larga.  
Para después lo dejemos.

FRANCISCO: Señores, antes que el alba  
madrugue, que ya se acerca,  
por precisas circunstancias  
me importa que el un don Gómez  
de los dos del mundo salga.

ANA: ¿Cuál es de ellos?

FRANCISCO: El que finge  
amistades que por falsas  
dobleces, que por civiles  
le apresuran la mortaja.

GREGORIO: Será, caballero, fuerza  
reñir con los dos.

FRANCISCO: Ventajas  
tiene mi razón y enojo  
para más que vengan.

*Sacan los tres las espadas*

PETRONILA: Abran  
estas puertas.

*Dentro*

MELCHORA:               Sí, señora,  
                                  que a su don Gómez nos matan.

PETRONILA:    Melchora, saca esas luces.

*Salen doña PETRONILA y MELCHORA, con  
                                  luces*

MONTILLA:    Vengan hachas.

BOCEGUILLAS:            Vengan hachas.  
                                  Serviremos de comedia,  
                                  si es que esto en bodas acaba.

PETRONILA:    ¡Don Gómez! ¡Amado primo!  
                                  ¿Con quién lo habéis? ¿Vos la espada  
                                  desnuda?

ANA:                Templad los sustos.

PETRONILA:    ¿Templar? ¿Pues qué es esto?

ANA:                Nada.

PETRONILA:    ¿Quién está con vos?

ANA:                Mi esposo.

GREGORIO:    ¿Mi quién?

ANA:                Si valen palabras,  
                                  vos sois el esposo mío.

GREGORIO:    ¡Jesús! ¿Qué decís?

ANA:                El alma  
                                  que por vos ha andado en pena  
                                  soy de la ausente doña Ana.

GREGORIO:    ¿Alma vos? ¡Válgame el cielo!

ANA:                ¿Qué tenéis?

MONTILLA:    Miren si escampa.

ANA:                Alma soy, que un cuerpo anima;  
                                  cuerpo soy, que en ella os ama;  
                                  vida tengo, por vos muerta  
                                  mi opinión y vuestra fama.  
                                  Para que ésta resucite  
                                  y estotra se satisfaga,  
                                  peregrinaron deseos

que atravesaron distancias,  
inventaron sutilezas  
y olvidaron a su patria.  
Si amor tan firme merece  
que se corresponda...

*Llora*

GREGORIO:                   Basta.

No lloréis, bella señora;  
que el cielo de vuestra cara,  
no alma en pena, cual fingisteis,  
alma en gloria os me retrata.  
¡Si antes yo os hubiera visto!

PETRONILA:   ¿Hay tal cosa?

MELCHORA:                ¡Lo que pasa  
en el mundo!

BOCEGUILLAS:           Lacayo hembro  
he sido. Denme matraca.

PETRONILA:   No le creáis, caballeros.  
Advertid que aún nos engaña.  
Ya sabéis sus artificios.

ANA:            Por vos, señora, me holgara.  
Doña Ana de Ávalos soy.

PETRONILA:   ¿Y la Greida que os aguarda  
con un hijo y mil promesas?

BOCEGUILLAS:   ¿Qué Greidas, o calabazas?

PETRONILA:   Vila yo por estos ojos.

ANA:            Vistesme a mí transformada  
en Greida, en Portocarrero,  
en don Gómez y en doña Ana.

GREGORIO:    Cuando no traigáis más dote  
que las sutilezas raras  
de ese ingenio, que eternicen  
plumas, buriles y estatuas,  
merecen que yo os adore.  
Dadme esa mano.

*Danse las manos*

MONTILLA:                ¡Oh, bien haya  
                              la madre que te ha parido!  
                              De éstas vengan mis fantasmas.

ANA:                    Bella doña Petronila,  
                              enriqueced esperanzas  
                              de don Francisco que, pobre  
                              de ellas, mi amistad maltrata.

PETRONILA:    Lo que mandáis obedezco.

*A doña ANA*

FRANCISCO:    Mi silencio os dé las gracias.

*A doña PETRONILA*

                              Y a vos, señora, mi afecto  
                              el corazón.

MELCHORA:            ¿Quién se casa  
                              conmigo?

ANA:                    Melchora, escoge,  
                              que, para que feries galas,  
                              docientos de oro te libro.

MELCHORA:    Vengan; aunque sean en plata.

MONTILLA:    Aquí estoy yo.

BOCEGUILLAS:        Y yo también.

MELCHORA:    ¿Ojearon la ganancia?

                              Codiciositos me son.

                              Pues yo he dado en ser beata.

ANA:                    ¡Qué gran bellaco que ha sido  
                              el Don Gómez! Si os agrada  
                              la comedia--¡oh, gran concurso!--  
                              decid, supliendo mis faltas,  
                              que han de ser así los hombres  
                              cuando engertos en las damas.

FIN DE LA COMEDIA